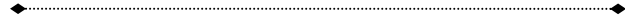
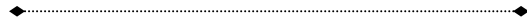


Juan Esteban Peláez



LITERATURA TENEBROSA



Contenido

I.....	3
II.....	3
III.....	4
EL SALTO AL CIELO.....	5
IV.....	9
EL PEINE AZUL.....	10
V.....	16
HAMBRE.....	17
VI.....	19
JÖRMUNGANDR Y EL MAR DE LOS OLVIDOS.....	20
VII.....	26
MONSTRUO.....	27
VIII.....	31
EL MISTERIO DE LA CUEVA DE LA LUNA.....	32
IX.....	36
EIDHARD.....	37
X.....	42
LA TABLILLA MALDITA.....	43
XI.....	46
UN MAL RECUERDO.....	47
XII.....	50
EL BARCO NEGRERO.....	51
XIII.....	55
INFINITO.....	56
XIV.....	57
LOS ESCRITORES.....	58
XV.....	61
LA PRESENCIA EN EL CAMPANARIO.....	62
XVI.....	67

I

Cité aquella reunión de espíritus porque finalmente caí preso del tedio. ¡¿Y qué mejor forma de sacudir la esencia que con relatos inquietantes?! El concepto del terror es claro para mí, y puedo encasillarlo en una palabra: incertidumbre. Amo esa incertidumbre, pues un final abierto, un evento misterioso, una historia corrompida, o todo en conjunto, causan en el lector un despliegue de angustia mezclada con creatividad. Ese lector, ahora víctima, busca descifrar qué sucedió después de que la tinta cesa, y encajar las piezas para darle paz a su desbocada imaginación. Es maravilloso intentar desenredar ese armazón de huesos recubiertos de lo extraño. ¡El buen terror causa una incertidumbre que ejercita el cerebro y despierta la mente!

Guiado por esta premisa, y ansioso por sentir esa emoción que incita a la divagación de la mente y evita el adormecimiento de los sentidos, decidí invocar trece espíritus para que cada uno trajera consigo una historia aterradora que agudizara mi ser y alterara mis nervios. Fueron esos trece los seleccionados porque han bajado al mundo de los vivos y han tenido experiencias, por lo menos, interesantes. Les pedí a cada uno que escribiera lo que quisieran, historias reales o imaginarias, vividas o inventadas, en primera o tercera persona. No importaba, y tampoco sabré nunca cuál es cuál, pues allí también radica la ya mencionada incertidumbre que me hará sentir vivo... de nuevo.

Llegué con mis sirvientes antes de medianoche para preparar el execrable aquelarre. Decidí que la reunión sería en mis viejos dominios, gobernados por hierba negra y flores anaranjadas y hermosas. A lo lejos aún son visibles las montañas brumosas y, un poco más al norte, los bosques espesos y antiguos se multiplican y esconden criaturas sin nombre. Es tierra salvaje, desprovista de himnos y madre de monstruos. ¡¿Qué mejor paraje para escuchar historias que causen miedo?!

II

Llegada la negra hora les pedí a los acólitos que encendieran la pira... sí, una pira. Una burda fogata no sería digna de un evento como aquel. Así que, recordando a Nerón y a los cristianos (y a sus desdichadas antorchas vivientes), atamos a dos a la madera, un hombre y una mujer que, con creces, habían cerrado su destino a causa del perverso historial que cargaban. Ambos gritaban, rogaban y lloraban, implorando alguna mínima clemencia. En sus ojos bien abiertos era visible la angustia y el temor, pero poco me importó la súplica.

Los acólitos continuaron con el ritual, ignorando a las víctimas, y encendieron los maderos con aceite y antorchas. Si aún recuerdo la experiencia de ser quemado, puedo afirmar que la pareja empezó a sentir primero una picazón, seguida del dolor extremo y el sofoco. El humo empezó a asfixiarlos, por lo que los alaridos eran continuamente interrumpidos con toses y estertores. Al tiempo, los sirvientes empezaron a cantar espantosas letanías para realizar la

invocación. Tanto los gritos de los quemados como las rimas de esos infames cánticos eran el puente a todas las dimensiones, pues el poder de las palabras trasciende espacios y tiempos.

Bastaron pocos minutos para que alrededor de la pira empezaran a dibujarse bordes definidos que formaban figuras extrañas. Allí estaban, sentados sobre la hierba oscura, los adormecidos espíritus. Primero surgió uno a mi lado, luego otros dos, luego dos más; hasta formar los trece.

Entre ellos no era posible la comunicación, por lo que dependían de mí para compartir sus ideas. Todos se ubicaban en realidades paralelas, intocables entre sí, y hablaban idiomas diferentes y enigmáticos; pero yo los conozco todos, y puedo leerlos y hablarlos sin importar su terrible antigüedad. Y ese fue el motivo por el que aceptaron la invocación: querían ser leídos, escuchados por sus pares y volverse memorables.

III

Un viento frío sopló desde el norte y agitó la luz de la pira, moviendo las sombras como bailarines fantasmales. Y, a la luz maligna del fuego, pude identificar que uno de los espíritus se acercaba a mí con un pergamino en su mano. Era una mujer madura, pero tenía por cabeza un cráneo de yegua, horrendo y poroso. Se acercó con paso presumido y me entregó su escrito.

—¿Qué mejor que iniciar esta reunión con una historia de otra reunión?! ¿Acaso no es esa una genialidad? —dijo con arrogancia y con voz imperturbable.

Yo sonreí, ansioso de leer su historia. La seguridad que manejaba ese espíritu con cabeza huesuda causaba en mí cierta presura por conocer su obra y reafirmar (o destruir) su creciente orgullo.

—Sucedió allá abajo, y espero que te guste, al igual que a los otros espíritus, a los cuales no puedo ver, pero siento que se encuentran cerca del fuego. Léelo y dame tu concepto, mi señor. Miré el pergamino con detenimiento. Estaba bien cuidado y tenía una letra cursiva y muy elaborada, seña de gran detalle y obsesivo cuidado. He aquí el cuento del Primer Espíritu, titulado «El salto al cielo».

EL SALTO AL CIELO

¡Qué mejor que una misteriosa lunada para calmar el hambre de terror! El antojo a lo desconocido, el estremecimiento ante la sorpresa; todo era más gratificante con el encender de la hoguera, la luna allá arriba y el vino abundante. Asistí a varias de ellas, cargadas de historias oscuras y a la vez sugestivas, dignas de los amantes del terror. Pero hubo una en especial que recuerdo con cierto malestar. En aquella ocasión los jóvenes contaron algunas anécdotas sobrenaturales, unas efímeras y sin sentido, otras repetidas; pero hubo dos en especial, contadas por dos jovencitas, con una mágica expresión de lo tenebroso que me impactaron sobremanera (una historia más que otra).

La primera adolescente, de cabellos rubios, labios rojos y cadenas sobre ropas de cuero, mostraba un aire rebelde y altanero. Contó, sin escrúpulos, cómo emulaba retos paranormales en su casa; casi siempre vacía por el constante viajar de sus padres. En una oportunidad, dijo, ejecutó cierto rito espeluznante. Debía hacerse después de medianoche, y necesitaba un muñeco de trapo y una bañera.

—A la una de la madrugada apagué las luces y encendí una vela en el baño —dijo mientras miraba el rostro de todos los presentes entre las crepitantes llamas—. Entonces rellené el muñeco con uñas y arroz, lo sumergí en la bañera llena de agua y lo apuñalé con un alfiler. Apagué la vela y salí corriendo a esconderme. Debía permanecer escondida por solo cinco minutos, pero debo confesar que fueron la eternidad —miró la luna y suspiró, mientras se frotaba las manos con seña nerviosa.

»Solo instantes después sentí el olor a muerte, uno que no es frecuente, pero que todos los humanos identificamos, pues está impregnado en nuestro ser. Y escuché, de manera inequívoca, el sonido del agua rebosante. Escuché, lentos y taimados, los pasos acolchonados que me buscaban por toda la casa, ora lentos, ora presurosos; pero siempre atentos. Eran sonoros, pero tenían singular precaución. Nunca sentí tanto miedo. Mis lágrimas escaparon, mi pecho dolió, mi corazón ansiaba escaparse de mis costillas.

»Y el infinito se expandió en medio de la oscuridad durante esos cinco minutos. Cuando la alarma sonó salí apresurada y encendí todas las luces. Encontré el muñeco de trapo mojado sobre mi cama. Nunca más volví a invocar esas fuerzas oscuras.

—Es una excelente historia, digna de esta lunada; pero espera escuchar la mía —dijo una segunda adolescente, de cabellera oscura y labios y sombras negras. Un aura extraña la rodeaba, casi glacial, y su tez blanca la acercaba al arquetipo de la astuta vampiresa. Vestía un abrigo largo y ropas negras. Mostró entonces su mano adornada de anillos, como quien presume una medalla de honor, y añadió: —Esta es la prueba de que lo que relataré hoy fue verdad.

Después nos mostró una foto extraña, antigua y de colores sepia. En ella había una familia: un hombre delgado con una barba deshilachada. Sonreía, por lo que podía verse una escasa dentadura que solo presumía cinco dientes en la parte superior. Su tez estaba curtida por el sol y sus manos callosas lo delataban como un campesino trabajador. A su lado se encontraba una joven, casi una niña, de cabellos negros y piel blanca. Tenía una mirada triste y pensativa. Vestía una jardinera y ponía sus delicadas manos sobre los hombros de sus dos hijos. Eran dos varones, gemelos, y miraban la cámara con especial atención. De ambos nacía una mirada

perturbadora y maligna. En la parte posterior de la enigmática foto se podía leer en letra cursiva el siguiente texto: “*Cielo, Salto del Tequendama, miércoles 6 de junio 1956*”.

—No sé si aquella campesina se llamaba Cielo, pues nadie sabe dónde vive ahora, ya que está muerta, o si simplemente era una referencia al cielo físico o espiritual; pero es una coincidencia terrorífica. ¿Acaso todos en la familia irían al cielo? Quizás quien marcó esta foto sabía de antemano el horror ocurrido en esa familia, un horror que se desató feroz solo tres días después a causa de una infidelidad.

Todos, claramente interesados, nos acercamos más alrededor de la hoguera, ignorando el frío y tomando un poco de vino. La voz dulce de la pálida joven parecía hipnótica.

—Después de enterarse de la traición, la mujer, llevada por un furor virtuoso alimentado por la humillación, envenenó a su marido durante la cena. Al darse cuenta de la gravedad de su acto, y sabiendo que no tenía escapatoria alguna, se lanzó hacia sus hijos. Llevó a los gemelos al sótano y allí los obligó a beber las pócimas hasta matarlos. Finalmente, y presa del delirio y del espanto, la mujer deambuló un par de horas, descalza, y se lanzó a la fría cascada. «Un salto al cielo», o «el salto de Cielo». No lo sé. Su cuerpo fue encontrado a las faldas del Salto, y, aunque con mi hermano buscamos su espíritu en dos ocasiones, no lo encontramos... ni a ella ni a ningún fantasma. Sé que muchos espectros transparentes y silenciosos merodean aquellas laderas (pues el Salto del Tequendama presume gran cantidad de suicidios, cual demonio de agua engullendo almas), pero mi historia no se desenvuelve en la rauda cascada, sino en la casa donde ocurrió la terrible tragedia.

»Debo mencionar que mi hermanito y yo siempre fuimos amantes del terror. Aunque menor, siempre fue más temerario. Me encantaría que él estuviera aquí para narrar los oscuros sucesos en esa casa arruinada, aquella desapacible casa que aborda recuerdos de cosas inexpresables; pero deberán conformarse con mi punto de vista.

»Ahora bien, nos aventuramos a la casa guiados por los rumores rurales. Se decía que en aquel enfermo lugar se escuchaban ruidos y se veían deambular fantasmas; pero que solo eran visibles con la luz de las velas. Por ello guardamos las linternas en el umbral de la entrada y encendimos una vela cada uno.

»Inmediatamente la casa tomó un aspecto monstruoso y desfigurado, lanzando al aire un terror que todo lo consume. Las fucsias rojas se escondieron, y las negras ventanas parecieron parpadear por el movimiento de los cedros cercanos. La edificación se elevó más frente a la luz dulce, voraz entre el musgo y los frondosos encenillos. La niebla del Salto cubrió las montañas como sutiles mortajas, y velos de sombras aparecieron a nuestro alrededor, advirtiéndonos que, si íbamos a entrar, no lo hiciéramos a la luz de las velas.

»Pero nosotros, aventureros e inmaduros, entramos con sigilo y ansiedad, omitiendo que allí se había desatado tal brutalidad. El interior estaba desvencijado, regalando secretos al olvido. Un olor a madera podrida, moho y herrumbre nos golpeó las narices como un fétido hálito. Los pocos muebles allí estaban cubiertos por el polvo y la polilla, y el yeso de las paredes había caído. Las velas alumbraron casi todo el rededor.

»Avanzamos con lentitud, escrutando cada rincón. Pasamos por la vieja sala, el comedor y el sucio baño. Cuando llegamos a la cocina, algunos utensilios lanzaron sombras monstruosas que llenaron nuestras cabezas con increíbles y miedosas alucinaciones; pero nada fue visible allí.

»Entonces ambos miramos la escalera descendente que seguramente llevaba al asfixiante sótano, sitio de la muerte de los gemelos. Y, sin decir palabra alguna, nos pusimos de acuerdo y empezamos el descenso.

»La chirriante escalera generaba un eco que parecía retumbar por todas las montañas, eco que alimentaba nuestra ansiedad. Allí abajo todo nos pareció más oscuro, más miedoso. Había algunos muebles viejos y húmedos, y la maleza ya estaba abriendo algunas tablas de las paredes.

»Y, en el rincón más lejano, donde la luz de la vela no llegaba aún, me pareció ver algo, sí, algo más oscuro que el entorno. Permanecía inmóvil, como si no quisiera ser visto. Empecé a temblar. La vela en mi mano empezó a moverse, sacudiendo la llama de un lado a otro, quitando y poniendo sombras alargadas aquí y allá. Mi hermano no había visto la figura, pero notó mi nerviosismo. Me miró al rostro y siguió mi mirada hasta el rincón. Así que él, valiente, se acercó a ese misterioso borde, y ahí la vimos.

»Las llamas de ambas velas parpadearon al tiempo. Estaba allí, de pie, podrida y atroz, con los cabellos negros mojados y pegados al rostro ceniciento. Era ella, la mujer de la foto. Estoy segura de eso. Pero bastó el parpadeo de las velas para que desapareciera de repente, como si en solo instantes hubiera atravesado la pared.

»No pude aguantar el grito. Creo que mi chillido fue escuchado por todo el lugar, rebotando entre los árboles maltratados por el viento. Mi hermano también lanzó un gemido temeroso al escucharme. Salí corriendo de ese opresivo sótano, aterrada, incapaz de seguir con aquella nocturna travesía. Mi hermano corrió detrás de mí, agitado y asustado.

»No obstante, cuando yo estaba frente a puerta principal sentí que mi hermano se detenía. “¿Lo escuchaste?” me preguntó con el rostro blanco como el de un cadáver. Yo negué con la cabeza. “Dijo que era una maldita” añadió él con voz débil y entrecortada. Entonces miró la escalera que estaba a su izquierda, la misma que llevaba al segundo piso, donde estaban las habitaciones de la familia.

»Debemos irnos, le insistí bastante alterada. Casi le rogué. Aún tenía la imagen de esa mujer espectral del sótano, y temía que trepara rápida las escaleras y me arrastrara con ella a esas negras profundidades. Pero mi hermano, impulsivo y a menudo estúpido, decidió subir. No me explico su comportamiento—.

—Los jóvenes y el concepto de la inmortalidad van de la mano —me tomé el atrevimiento de interrumpir a la joven, al tiempo que miraba el rostro de espanto de los adolescentes sentados alrededor de la humeante fogata—. Ese tino de ignorancia es maravilloso para el aprendizaje y la experimentación; pero terrible para la concepción de peligro. Esa inmadurez y falta de consciencia es un mal necesario, pues no hay mejor maestro que el fracaso y mejor motor que la ignorancia. Si poco se piensa en los obstáculos, más fácil es el primer paso. En cambio, quien intenta arreglar todo en la mente termina sin iniciar la carrera.

—Es cierto, y creo que ese impulso de ignorancia hizo que mi hermano subiera —continuó la enigmática jovencita su relato—. ¿Qué diría a mis padres si volvía sin mi hermano? Un sentimiento maternal y un temor familiar me obligaron a subir, aun con lágrimas en mis mejillas. Las escaleras sonaron mientras subía lentamente, al tiempo que gritaba el nombre de mi hermanito. Apenas pisé el segundo piso, vi que estaba compuesto por cuatro habitaciones. También vi de reojo la sombra recortada de mi hermano entrando a la habitación más alejada. Poco después el brillo de su vela desapareció. Yo, incapaz de pasar por la habitación más próxima sin estar segura de que allí no había peligro, decidí entrar e iluminarla con la vela.

»Allí había un rosario enorme colgado en la pared, además de varios cuadros religiosos e inquietantes, incluso repugnantes. Un aire aterrador y vetusto flotaba en aquel interior. Así que, incapaz de permanecer en esa habitación, di media vuelta y salí al pasillo.

»Mi hermano estaba frente a mí, inmóvil como una estatua de granito, mirándome con los ojos muy abiertos. Su rostro iluminado por la vela, y su sombra proyectada y agrandada hacia atrás. Pero me bastaron solo segundos para ver que mi hermano no me miraba a mí, sino algo detrás de mí.

»Sentí entonces el crujir cercano de la madera, a mi espalda. Las velas se apagaron al mismo tiempo, como sopladas por un horror indecible, y la oscuridad y el mal gobernaron el mundo.

»Y tomaron mi mano con gran fuerza. Y sentí una presión punzante y dolorosa. Grité histérica y sacudí mi otra mano para defenderme, pero mis dedos solo cortaron el enrarecido aire en medio de las tinieblas. Mi hermano, alterado, gritó mi nombre y, con reacción sagaz, iluminó el pasillo con su linterna. La luz blanca espantó todo lo grotesco, y vimos que tanto las lúgubres habitaciones como el siniestro pasillo estaban vacíos.

»No hubo necesidad de hablar después del suceso. Ambos, tiritando y ahora armados con las linternas, bajamos apresurados las escaleras, sintiendo que algo horripilante nos perseguía, pero no se nos acercaba; y salimos de aquella despiadada casa entre las brumosas montañas y bajo una mirada omitida e inquisidora para nunca más volver—.

—¿Fue el campesino quien te sujetó la mano? —pregunté, haciendo alarde de mis brillantes deducciones.

Y la joven de melena oscura y perfume dulce, asintió, al tiempo que tomaba un poco de vino.

—Mi hermano lo vio —respondió mientras apuntaba con su dedo el dorso de su mano. Allí, a la luz de la hoguera, era visible una cicatriz. Una marca purpúrea y espeluznante que calzaba exactamente con la desnuda dentadura de aquel enigmático hombre de la foto.

Después de esa gótica velada asistí a otras lunadas encantadoras, pero ninguna me impactó tanto como la descrita en este texto, y ninguna historia me causó más desasosiego y temor que la narrada por aquella jovencita bella y pálida de la cual, confieso, he olvidado su nombre.

IV

La arrogancia del Primer Espíritu era más que merecida. ¡Qué gran historia me había traído! Esperó impaciente algún juicio, algún halago o alguna crítica de su relato; pero yo no estaba allí para juzgar, estaba allí para disfrutar. Así que, claramente excitado por la historia, le pedí que se sentara de nuevo para que el Segundo Espíritu me entregara su escrito.

Entonces se levantó a mi izquierda una figura de talante tímido que se recortó contra la aceitosa iluminación. Era un hombre cruelmente desfigurado y de piel azul. Sus ojos amarillos eran semejantes a los míos, pero en ellos mostraba cierta inseguridad y tristeza. Un hueco en su mejilla permitía ver su hedionda dentadura, y tenía algunos mechones de cabello grasoso asomando sobre la testa huesuda.

Se acercó lentamente, encorvado y, sin mirarme al rostro, me dio un papel que contenía su relato. Era un papel blanco y sucio, y la letra era temblorosa pero legible.

—Espero sea de su agrado, Gran Señor —dijo casi en un susurro.

Tomé el papel con cuidado y le dije al oído: —El que lo hayas escrito y me permitas leerlo es más que un honor para mí.

El espíritu me miró entonces a los ojos. Pareció recobrar cierta alegría y seguridad. Esbozó una sonrisa y se apresuró a sentarse de nuevo, al tiempo que aquellos condenados seguían gritando de dolor entre las llamas. Desplegué el papel por completo y empecé la nueva lectura.

EL PEINE AZUL

Hablé con «El Loco del Peine» dos veces mientras estuve en el sanatorio; y los relatos de los médicos y los enfermeros me dieron una visión completa del perturbador escenario. Recuerdo cuando lo vi por primera vez en su cuarto oscuro y con la puerta entreabierta, sentado sobre su cama y con la luz apagada; una imagen ominosa y a la vez inquietante. ¡Un muerto viviente carcomido hasta la médula!

Muchos estíos habían pasado por ese solitario hombre, que hacía llamarse Dúver (aunque dudo que ese sea su verdadero nombre), y las canas y la barba deshilachada denotaban una pesada vejez. Miraba el suelo en un silencio absoluto, absorto, con la atención perdida en recuerdos lejanos y tiempos mejores. La locura roía aquel cuerpo, bebía su sangre, mordía su carne y agujereaba su cráneo, como el gusano a la manzana. Sus mejillas huecas, su mirada vacía, su vientre hundido y su espalda encorvada; todo le daba un aspecto frágil y a la vez tenebroso. La ropa le colgaba y sus delgados miembros parecían estar prestos a fallar en cualquier momento.

La primera vez que interactué con «El Loco del Peine» fue durante una actividad de integración en el sanatorio.

—Está aniquilado por la pérdida —me dijo uno de los enfermeros mientras me acompañaba a sentarme a su lado.

Cuando ya estuve cerca intenté hablar con él; pero al principio simplemente me ignoró. «¿Qué pesadilla impera tras su arrugada frente?» me pregunté mientras miraba con detalle su cabeza cubierta por una pañoleta negra, cual desahuciado por la enfermedad. Insistí un poco más, pero él sólo miró el dibujo que tenía en mi mano, hecho con crayones a mis cinco años. Me sonrió y sentí en su mirada taimada la burla y la ofensa. «¡Miserable loco!» pensé y me retiré.

Pero es una indelicadeza que yo tilde de «Loco» a otra persona, cuando la palabra encaja perfectamente con mis alucinaciones. Entré al sanatorio por el agravamiento de mi esquizofrenia. Aunque me diagnosticaron desde los cuatro años (una condición nada común en un niño), el pico de mi horror se disparó a los cinco años, cuando vi por primera vez a la niña de cuello roto. Ese mismo día la dibujé con crayones, con su cabeza ladeada y una sonrisa inusualmente amplia. La tomé como amiga imaginaria por algún tiempo, creo que hasta los seis o siete años. Y ahora que veo el atesorado dibujo, con su vestido rojo y su cabello negro, puedo afirmar que es una imagen bastante turbia.

Dos meses atrás empecé a verla de nuevo, mirándome bajo el oscuro umbral de mi habitación, fijamente mientras duermo, con su amplísima y desproporcionada sonrisa, con su rostro casi al revés, apoyado sobre su hombro izquierdo, y vestida con su jardinera roja. ¡Qué horrible tormento! Ya supero los treinta años, pero ella sigue siendo una niña, una extraña niña, muda y con el cuello roto.

¿Cómo puedo tildar a Dúver como «Loco» si yo en ocasiones veo una pequeña digna de las más grotescas pesadillas? Con esto en mi mente, decidí acercarme de nuevo al hombre, y

esta vez pudimos hablar de manera más fluida. Supe entonces que el viejo no era un loco en absoluto; pero tenía, indudablemente, gustos degenerados y pasiones extrañas.

—Sufre de un impulso obsesivo —me comentó un médico—, y tiene una grave parafilia. La familia sospecha de su comportamiento, pero nada dicen por vergüenza. Es un hombre difícil de diagnosticar.

Por aquel buen médico, también me enteré de que venía de una familia de fanáticos religiosos (aunque no vi influencia religiosa en los horrendos actos de aquella terrible noche). Además, supe que tenía dos hijos que no vivían con él; por el contrario, parecían haberlo abandonado.

—A mí siempre me respetaron —me dijo aquel loco con pañoleta—; pero a ella la amaron. Por eso, cuando su madre se fue, ambos se limitaron a enviarme un poco de dinero para evitar mi hambruna.

—¿Se fue? —pregunté, pensando que la suerte de aquella mujer estaba entrelazada al viejo frente a mí.

—Sí, lejos, más allá de las nubes. Fue a posarse al lado de Dios Padre Todopoderoso. Las calamidades me la robaron muy pronto —me respondió con profunda e infinita melancolía. Así que le pedí que me contara su historia, y así lo hizo.

—La amé desde que la vi. Éramos aún jóvenes. Yo fui sobreprotegido por la muerte prematura de mi hermano. Ella era la menor de cinco. Cuando nos encontramos supe que ella sería mi compañera de vida... y así fue. Me dio dos hijos maravillosos, de los cuales me siento orgulloso; pero ellos carecen de la empatía y la sutileza femenina. Apenas cumplieron la mayoría de edad, volaron e hicieron sus vidas; dejándonos con nuestra mutua compañía por algunos años maravillosos.

»El recordarla es un festín para los sentidos. El sólo hablar de ella me sumerge en sensaciones felices: el delicioso olor de la cena caliente; el aroma del café por la mañana; su melodiosa voz que llenaba el hogar cual cantar de copetón; la ropa limpia y fragante; el beso de despedida y de recibimiento; el «te amo» diario; el colorido jardín que tanto cuidaba; el bienestar y la paz que sólo una mujer bondadosa puede brindar. ¡Tantos maravillosos recuerdos!—.

El viejo quebró su voz al recordar a su mujer. Permaneció en silencio unos instantes, reponiéndose de la avalancha amarga causada por la melancolía. Entonces prosiguió: —Dios me la robó muy pronto... o quizás no. Quizás yo no aproveché lo suficiente los momentos felices al lado de mi amada. No disfruté su cabellera negra, su palidez extraña, su cuerpo menudo y su alma bondadosa. Cuando se vive entre euforias y alegrías el tiempo se acorta; mientras que cuando se sufre el segundo se alarga como el universo. El tiempo es subjetivo, aunque exista una medida estándar y objetiva. Y dejé pasar los años de alegría sin anticiparme al denso vacío de la pérdida.

»Fue un lunes cuando partió. Odio los lunes por ello. No fui yo, como pensó inicialmente, quien le dio muerte. No estoy para nada loco, aunque la gente lo diga. Sólo soy un incomprendido, un apasionado por unos placeres poco comunes, incluso extraños; pero aquellos voluptuosos placeres aparecieron después de su partida. Los muchachos y su familia lo percibieron, y por lo mismo se llevaron todas sus pertenencias después de su entierro; excepto una.

»Pero no quiero anticiparme a mi consciente descenso. Ese lunes terrorífico ella perdió la batalla contra la enfermedad. Fue un cáncer, agresivo y doloroso, que en cuestión de meses la devoró hasta los huesos. Vi con impotencia y furia su cambio: su extrema delgadez, su interminable queja, su dolor, su debilidad, sus lágrimas, su desesperación.

»Mi ánimo, antaño inmarcesible, murió con ella, al igual que los dulces ademanes, las delicadas ternuras y la alegría del hogar. Ahora duerme para siempre y el mundo sigue su paso indolente. El mundo no tiene alma ni clemencia, y no se agota. En cambio, los humanos nos marchitamos, algunos temprano y otros tarde; pero cuando nos marchamos la feroz natura nos da como despedida una plaga de hedores y larvas.

»El día de su entierro se despertó en mi interior lo que todos llaman locura, pero lo que yo simplemente llamo pasión, una pasión desorbitada y espeluznante. Mientras bajaban el ataúd la imaginé allí abajo, podrida entre madera y clavos en medio de ese frío camposanto. ¿Y acaso qué es un cementerio sino un jardín alimentado de carne humana?

»Con su entierro inicié mi ruina y mis acciones abominables. Su vida se fue, y con ella la vida de la casa, que se volvió horrible. ¡Cuánto se llevó mi amada, a quien a su vez se la llevó la enfermedad! Sólo días después, excusándose con los malos recuerdos, mis hijos y mis suegros vaciaron la casa, llevándose todas las pertenencias de la muerta. Sólo pude observar cómo vaciaban las habitaciones, incapaz de sostener cualquier discusión.

»Y en sólo días, la depresión gobernó mi cráneo. Perdí cualquier motivación, cualquier objetivo y cualquier meta. Dejé de notar el cantar de las aves al amanecer, el placer de la ducha caliente, el sabor de la comida hecha con amor. El hambre me hizo comer y la sed me hizo beber, pero no tenía vida más allá de lo primitivo. Me convertí en un Sísifo bastardo que se levantaba de la cama sólo para sentir el tedioso pasar de las horas, sin más objetivo que respirar. Empecé a dormir durante el día y a divagar durante la noche, dando rienda suelta a mis horripilantes pensamientos—.

—¿Empezaste a ver fantasmas? —pregunté de manera inconsciente. Quizás motivado por sentir cierta empatía esquizofrénica. Deseaba con ímpetu que me respondiera que sí, que veía fantasmas, para sentirme un poco más comprendido.

Pero, para mi desconcierto, me respondió con brutal inteligencia: —No, mi querido amigo, no veo niñas con las cabezas recostadas sobre los hombros.

Recordé que había visto mipreciado dibujo, y deduje la referencia.

—Sin embargo, sí debo confesar que mi hogar cambió. Acabaron las exquisiteces y los lujos. Quien lo viera ahora diría que se encuentra embrujado, y yo no tendría capacidad lógica para negarlo. La hechicería empezó por el jardín. Sin los mimos de las delicadas manos de mi esposa, las reacias flores empezaron a tornarse monstruosas, y sus olores se dispersaron amargos por el aire enrarecido. El pasto se pintó de pardo y la mosca reemplazó a la mariposa. Bastó sólo una semana para que aquel bello jardín fuera la visión de las flores del mal, convirtiéndose en el marchito velo de una casa tenebrosa.

»Las paredes sucumbieron a la humedad, la pintura se agrietó y dejó al descubierto los desnudos ladrillos. Algunos vidrios se rompieron, y mi depresión no me permitió repararlos; por lo que el frío tomó como dominio el interior de la casa, imperando con hálito helado en cada rincón. Las habitaciones entornaron sus espacios con el silencio, formando estancias tenebrosas donde antes había cándidos cuartos. Y los antes vistosos muebles se convirtieron en despojos de madera, polvo, polillas y cuerdas. La casa fue habitada por cosas dormidas, y todo fue cubierto por la telaraña. Mi hogar ahora no es más que una casa opresiva y silenciosa, una cárcel voluntaria habitada por el fantasma de glorias pasadas.

»Pero todo cambió el día que encontré el peine, aquel objeto azulado que había pasado desapercibido durante el saqueo. Allí estaba, bajo la cama, la única pertenencia de mi amada; y la tenía a mi alcance. No recuerdo qué objeto buscaba, pero la suerte (o desdicha) me sonrió en esa noche lluviosa.

»Examiné la sorprendente reliquia con excesivo detalle, y allí hallé una constelación entera. Era una herencia de su abuela, azulado y metálico, con púas gruesas y mango tallado. Un espejo en la parte posterior lo coronaba con encanto. Aunque era rígido y frío, era una herencia familiar, preciada para ella como ninguna otra joya.

»Recordé entonces cómo se soltaba la salvaje melena negra, se sentaba sobre el voluminoso tocador de estilo victoriano, (ahora hecho un bestial cíclope de madera con el ojo roto), y se peinaba una y otra vez por fácilmente una hora. Su cabellera se tornaba brillante y sedosa con cada pasada de las púas, mientras se masajeaba con tan excelso ritual. Este recuerdo fue, quizás, el inicio de mi comportamiento extravagante.

»La obsesión con el anhelado instrumento inició de forma gradual. Al principio sólo me enfoqué en examinarlo, en recordar cómo ella se peinaba, en imaginar el objeto entre sus suaves dedos. Pero poco después cometí el error de peinarme con él. Al hacerlo, sentí un fulgor irreprimible. Aquellas púas causaron en mí un prolongado éxtasis, pues la imaginé peinándome. Ese simple acto, cargado de visiones blancas, me permitió acercar su alma a mi atormentado cuerpo.

»Repetí este acto dos veces al día, después tres, después tantas que perdí la cuenta. Y empecé a dormir con él sobre la almohada. Desde que me levantaba me aferraba al azul peine con placer. El lúbrico ardor llenó mis venas palpitantes y mis carnes temblorosas, cuales setas venenosas. Y el rozar las púas con las yemas de mis dedos me hundía en fúricos arrebatos. Me dominó cierto aturdimiento, sombrío y embriagador.

»Con cada peinada intercalábamos posiciones. Ora sentía peinar a la muerta, ora la muerta me peinaba a mí. Las púas parecían acariciar el alma de quien ya no estaba. El roce de aquel tesoro con la piel me acercaba a su frío y pálido espíritu, excitándome hasta el malestar. Sí, con la piel, pues empecé a pasarlo por mis brazos, por mis piernas, por mis pies, por mis hombros, y tuve un lóbrego impulso de peinarme los ojos con violencia.

Al escuchar tan terrible confesión me horroricé. El corazón me latió de repugnancia. Era verdad: aquel viejo era un loco con un peine.

Él hablaba con tanta pasión de sus desviaciones que no notó mi desagrado, así que continuó su relato sin ruborizarse: —El olvido borra sin clemencia a todos los muertos, que son muchos más que los vivos; pero yo no estaba dispuesto a que ese olvido salvaje se apropiara de mi mujer. Aquel peine era el portal que me acercaba a su recuerdo, incluso a su translúcida presencia.

»Hasta que una noche, sí, esa tormentosa noche, me levanté poseído por una ansiedad reverberante. Ya había pasado la medianoche, cuando desperté lleno de un impulso insano, impulso que me llevó a tomar el objeto metálico para empezar a peinarme. Esta vez sentí que sus manos sostenían las mías, haciendo cada vez más presión sobre la piel. Días antes ya había empezado a perder algunos mechones, pero esta vez fue diferente: la agresividad del peinado fue fusionándose con el placer de tener sus dedos entre los míos; ambos sosteníamos el mágico instrumento que empezaba a clavar sus dientes en mi cabeza.

»Con un júbilo vigoroso, empecé a peinarme cada vez con más fuerza, ignorando el punzante dolor. La respiración estertorosa, el sudor, la luna creciente de plata, el masoquismo, el espectro... todo se fusionó en una grotesca escena. El cabello empezó a caer sobre mi regazo, al igual que la sangre. El cuero cabelludo fue reemplazado por el coágulo. El negro goteo empezó a expandirse por mi nariz y mis orejas. Pero nada de esto importaba, pues la sentía tras de mí, susurrándome bellas palabras, mientras mi testa era desollada casi por completo hasta desnudarla y mostrar el cráneo. El reloj lunar cubrió por completo mi hogar, ahora

imperturbable y casi devorado por las arañas, al tiempo que la perversidad, aquella ardiente perversidad, me hacía gritar de descontrolada pasión. ¡Aquella posesión azul, cual brida férrea, me sometió finalmente! ¡Aquel inanimado peine me permitió estar de nuevo cerca de mi dulce amada!—.

—¿Esa noche te enviaron a este lugar?

Y Dúver asintió. —Así es —dijo volviendo en sí. Un semblante lúgubre volvió a su rostro y su tono de voz se apagó. —El resto pueden contártelo los enfermeros— añadió mientras se levantaba y se dirigía a su cuarto. Allí se recogió en posición fetal como cualquier enfermo abordado por el dolor. Al parecer, sus recuerdos le habían devastado la mente... otra vez.

No volví a hablar con aquel viejo atormentado, y fue la última vez que lo vi en el sanatorio.

Ahora bien, supe por los enfermeros que la noche en cuestión los vecinos escucharon gritos aterradores en la casa de Dúver. Los gritos despertaron a los inquietos vecinos, que llamaron a las autoridades. Según los reportes, encontraron al viejo con la parte superior de la cabeza destrozada, el cráneo expuesto, el rostro rojo y sangre por doquier. El constante vaivén del instrumento metálico pudrió la carne, y las laceraciones repetidas y la falta de atención médica produjeron la inevitable septicemia. El viejo se salvó por la rápida atención de los médicos, pero bajo la pañoleta puede verse aún el blancuzco hueso. La septicemia hizo que el viejo sufriera de fiebre, lo que puede explicar ciertas alucinaciones (muy diferentes a las mías, pero igual de terroríficas).

Después de la conversación, intenté hablar con Dúver durante algunos días, pero su habitación permanecía cerrada o vacía siempre que me acercaba. Con los días perdí el interés por saber más del viejo, por lo que me enfoqué en mis propios temores.

Mi salida del sanatorio fue aprobada semanas después. Fue un día soleado y agradable. La medicación finalmente surtió efecto, por lo que dejé de ver a la niña del cuello roto. La última vez que la vi fue allí mismo, en el sanatorio, curiosamente mientras pasaba frente a la habitación de Dúver (ahora vacía). Estaba ansioso por volver a mi hogar y ver a mi hija. Pero la suerte del «Loco del Peine» me producía cierto desasosiego, así que ese mismo día pedí hablar con el psiquiatra.

—Tu salida ya fue autorizada. Me alegra que lo hayamos logrado —me dijo mientras se acomodaba las gafas sobre la nariz aguileña.

—También me alegra mucho doctor —le respondí—. Pero quería preguntarle sobre el paciente del peine.

—Él ya no está aquí —me dijo. Pero su tono fue extraño. Parecía no saber de quién le hablaba.

Temí entonces. ¿Acaso lo había imaginado? ¿Acaso ese viejo era una consecuencia de mi enfermedad? Así que, temeroso y a la vez prudente, pregunté: —¿A dónde fue?

El psiquiatra me miró fijamente, escrutando verdades en mi mirada. Entonces pareció recordarlo, y respondió: —Las habitaciones son costosas en esta institución. Nadie respondió por aquel hombre, por lo que tuvimos que darle salida.

—¿Y a dónde fue? —pregunté de nuevo.

—A donde cualquier persona iría: a su casa.

Salí del sanatorio con sentimientos encontrados. Dúver sí existía y habíamos conversado, por lo que mi enfermedad ahora era un tema secundario. También medité sobre las enfermedades mentales y cómo los ricos se curan y los pobres sufren y luchan cuesta arriba con sus demonios. La misma enfermedad y los mismos síntomas no causan los mismos efectos en todas las personas, por lo que la empatía se torna esquiva en muchas ocasiones. Yo tuve suerte al contar con un apoyo familiar; pero quien no tiene tal apoyo tiene dos opciones: crear su propia familia o luchar contra el mundo en soledad (lo cual es muy difícil).

No obstante, aunque me sentía feliz por mi sanación, sentí pena y a la vez miedo por el viejo; un alma atormentada y abandonada a su suerte por su familia. Temí por aquel solitario, pues lo imaginé en su silencioso hogar, buscando como un desquiciado el objeto azul, motivo de su desvarío. Lo visualicé levantando muebles, sacudiendo sábanas, palpando cada oscuro borde de la casa con la respiración acelerada y la adrenalina regada por todo su cuerpo. Y temí más, pues lo imaginé encontrando el peine y tomándolo triunfante a dos manos. Y aunque espero estar equivocado, también lo imaginé peinándose con crueldad y apuñalándose con aquellas púas metálicas los ojos y el cuello. ¡Rezo porque la niña no vuelva a aparecer, ahora con un vestido azul y acompañada por un anciano con media cabeza!

Dios, ¡qué difícil es acariciar el cielo a dos manos y después perderlo todo!

V

Incluso los acólitos quedaron en silencio por algunos instantes después de que acabé de leer «El Peine Azul». Los dos condenados habían dejado de gritar casi al inicio de la lectura, y ahora sólo se escuchaba el crepitar de la madera y la carne. Ordené alimentar de nuevo la pira con más aceite y así continuar el aquelarre.

El Tercer Espíritu parecía tener una actitud confiada, aunque no mostraba rostro alguno. Era un ser de luz blanca y bordes translúcidos que gozaba de una fascinación magnética. Quizás la descripción más acertada es la de una sombra invertida, un contorno materializado de color blanco que emulaba una persona. Su noble actitud, como lo es a menudo, estaba dictada por su caminar, por sus ademanes, por su espalda recta y sus hombros firmes. No dijo una sola palabra, pero denotaba seguridad, cual guerrero valiente y victorioso de batallas antiguas.

El espíritu, semejante a una luminosa alucinación, se acercó, me entregó su escrito y, sin más, se sentó al lado del hombre desfigurado y ahora feliz. Su escrito se titulaba «Hambre».

HAMBRE

—Entonces no era un mito —dije al ángel mientras miraba la pequeña abertura en la pared. La luz era débil en esa parte de la mazmorra, y todo era de un color amarillo podrido. El olor a tierra húmeda proliferaba por todo el sitio, y unas antorchas iluminaban pobremente el pasillo. Frente a mí estaba la pequeña entrada al salón del que tanto me habían hablado. Era el único salón que no tenía puerta ni tranca, ni guardias ni candados. Sólo había una pequeña entrada de un metro de ancho. Cualquiera podía entrar y salir, pero, según las historias, adentro había una terrible trampa.

Rafael me miró con serenidad y asintió. —No es un mito —dijo con voz profunda mientras los fuegos del pasillo se reflejaban en sus ojos serenos. El cabello le brillaba y las alas blancas lanzaban una larga sombra sobre la fría pared. De todo el oscuro sitio, el ángel era lo más majestuoso.

Entramos al salón de medio lado y de inmediato sentí el hedor a vómito y orina, combinado con el olor a comida condimentada. Adentro estaban seis personas (aparentemente), sentadas en una mesa repleta de comida, ubicados de tres en tres. Una de las personas estaba derrumbada sobre la mesa, con la enorme cabeza en la madera. Las otras cinco figuras, casi bestiales, devoraban apresurados la comida que había en la mesa, como si compitieran por quién come más. Todos eran obesos, extremadamente obesos, y deformes. Incluso no diferencié si eran hombres o mujeres, sólo veía a la luz de las antorchas las moles amorfas llenas de pliegues de piel.

Me tapé de inmediato la nariz y la boca, mientras detallaba con horror esas masas enormes y sudorosas. Sólo se escuchaba el desagradable mascar de la comida. A veces alguno parecía atragantarse, pero simplemente eructaba o vomitaba y continuaba con su repugnante banquete. Todo el sitio apestaba. En la parte posterior había una puerta cerrada por donde ingresaban las cantidades industriales de alimento seboso para esos enormes gordos, y había algunas sábanas llenas de pulgas tendidas en el duro suelo, donde al parecer dormían esos sujetos.

—¿Quiénes son? —pregunté horrorizado—. ¿Son humanos?

Y Rafael asintió. —Son humanos, aunque por sus figuras parezcan monstruos —respondió—. Llegaron a la mazmorra clamando por comida. Quienes llegan aquí son indigentes en su mayoría, impulsados por el terrible látigo del hambre. Llegan desesperados por algo de comer; pero después no quieren escapar de la agradable sensación de llenura. Abandonan el noble óctuple sendero budista, y olvidan la importancia de transitar por el camino medio. Van de un extremo al otro, aterrorizados por la sensación de hambre, pero lanzándose al abismo de la gula. Olvidan lo sagrado que es el cuerpo, y lo deforman devorando hasta la saciedad.

—¿Pero son prisioneros? ¿Acaso le hicieron mal a alguien?

—No. El único mal se lo han hecho ellos mismos. Se odian, pero se justifican. Han dado rienda suelta a la gordura, y ahora es muy difícil volver atrás. Han devorado tanto que incluso engulleron su propia voluntad. No han sido acusados de ningún crimen, y pueden salir de aquí cuando ellos quieran... pero —entonces Rafael miró la pequeña abertura de la entrada. —Entonces sólo deben dejar de comer para poder salir por la abertura —dije inocentemente.

El ángel asintió. —Es cierto —dijo—, pero la prisión de su mente y su hedonismo es mucho más fuerte que su voluntad. Estas bestias carnosas no desean adelgazar, no desean salir de la mazmorra para aguantar de nuevo hambre y sed, y frío y sueño. Prefieren atiborrarse de comida en esta pestilente sala y morir de obesidad, como por ejemplo ese... —el ángel señaló al gordo que estaba derrumbado sobre la mesa. Era claro que había dejado de respirar mientras hablábamos—. Son pocos los que vencen la pereza; son pocos los disciplinados, los que se comportan bien todos los días, aunque el tedio los aborde. Desde hace mucho tiempo no veo ninguno que entre y pase por esta estrecha salida. Los humanos tienden más a justificar sus decisiones que admitir sus errores y darse cuenta de que perdieron tiempo y energía. No toleran la idea de que no valieron sus esfuerzos.

Entonces me acerqué un poco más y vi algo que no encajaba en ese deplorable sitio. Había una niña pequeña y delgada agazapada en un rincón del salón, claramente ultrajada. Tenía el rostro sucio y lleno de miedo, sus risos estaban arremolinados y con hollín, y su ropa estaba sucia y rasgada. No hablaba, y me miraba con terror, como esperando ser golpeada.

—¿Y la niña? —pregunté preocupado—. ¿Por qué está aquí? Ella puede salir cuando quiera. —La niña se llama Hambre —respondió Rafael—. Y ella ata la voluntad de este salón. Si ella sale de este recinto los cocineros dejarán de traer comida, y los gordos se devorarán entre ellos. Es ella quien maneja la voluntad de los obesos. Es por ella que llegan los famélicos. Es por ella que estas personas comen de manera desbordada. Es por ella que se enferman y mueren bajo los pesados rollos, y es ella quien devora los mórbidos cuerpos. Ella es Hambre. No podía creer lo que escuchaba. Miré la carita asustada de la niña y sentí un gran peso de miseria y dolor. Ella era muy expresiva, y el temor que sentía brillaba entre esa oscuridad. Sin embargo, me dio la sensación de que la niña había visto siglos enteros, y que era terriblemente antigua, tanto como el universo mismo... como el hambre. Pero físicamente se veía como una frágil y pequeña niña. Sólo quería tomarla entre mis brazos y salir corriendo con ella; pero el ángel se dio cuenta, me tomó del hombro y meneó la cabeza. —Vamos, debemos continuar descendiendo —dijo Rafael.

Yo asentí y salimos por la pequeña abertura, escuchando el quebrar de los huesos de pollo y el beber del vino. No volteé a mirar a la pequeña niña. En vez, continuamos bajando por la mazmorra hasta llegar a otro salón. En un rincón del nuevo recinto interdimensional y oscuro había un pequeño niño leproso, sin párpados y con una gran sonrisa de felicidad, que se apresuró a abrazarme con sus descarnados muñones.

Entonces Rafael, recordándome que yo mismo era un recluso, me dijo: —Este es tu recinto, y este pequeño niño se llama Enfermedad. Ahora es tu turno.

VI

Decidimos tomarnos un corto receso. La pira mitigaba el frío del viento que bajaba de las montañas, y los árboles rugían mientras mecían sus cabelleras hojosas con agresión, exhibiendo una gallardía primordial.

Durante el receso, los espíritus guardaron silencio, notablemente nerviosos por la incertidumbre. ¡Sí, la incertidumbre de nuevo! Deseaban saber si sus escritos habían sido o serían de mi agrado. Miraban a su alrededor, ayudados por la luz de las llamas, intentando imaginar cómo se vería el espíritu a su lado, buscando descifrar el talento de sus pares, deseosos de escuchar el próximo cuento. Yo, con mirada aguda, simplemente dejaba que sus mentes los martirizaran, pues la mente es cruel si se le da rienda suelta; ese es otro de los males del tedio.

El Cuarto Espíritu era semejante a una criatura marina y mitológica. Un ser viscoso y verduzco con actitud altanera, como un bucanero embriagado por el ron. Tenía voz cavernosa y extraña, y bajo su lengua eran visibles decenas de gusanos que bullían y se retorcían con especial asco. Debo confesar que las deformes orejas del espíritu me molestaban, pues una era más grande que la otra, y la asimetría causa en mí cierta incomodidad.

—Fue lo mejor que pude escribir —dijo aquella nauseabunda criatura mientras me pasaba un pergamino. Con sus ademanes me hizo entender que no le importaba mi opinión sobre el relato, pues igual no escribiría otro cuento.

El papel que me dio tenía un mapa pintado a mano de una tierra extraña y desconocida, adornado con seres míticos que ni siquiera yo identificaba. En la otra cara del papel estaba escrito su cuento, con una letra poco cuidada y casi ilegible. Tuve que leer primero todo el cuento para poder descifrar lo que decía. La segunda vez lo leí en voz alta para que todos lo conocieran.

JÖRMUNGANDR Y EL MAR DE LOS OLVIDOS

Aunque tengo una enorme presura de acabar este texto antes de llegar a tierra firme, me gustaría iniciar este extraño escrito citando la maravillosa obra de Salvador Dalí, en específico La Persistencia de la Memoria, una pintura sublime que tuve la oportunidad de ver en el MoMA de Nueva York. Es un cuadro pequeño pero creado con especial maestría. Lo que más deseo resaltar es el significado, aquellos relojes endebles y casi líquidos, relojes que muestran la fragilidad de los recuerdos, el “seguro” rozando con el “¿quizás?”, el “sucedió” luchando contra el “creo que sucedió”. Dalí muestra en su obra que no somos certeros al memorizar, y, aunque somos todos los hombres pasados y seremos todos los hombres futuros, es un milagro que logremos transitar en esta vida con tan desmemoriadas sutilezas.

Allí, donde la memoria se torna leve, entra la maravillosa escritura. Es ella quien torna firme los relojes de Dalí. La escritura, esencial y poderosa, es la que nos permite ser todos y nos permite dejar un cimiento de lo que seremos. Es la escritura un portal magnánimo que trasciende los sentidos, y a la vez una musa que me permite el registro de esta historia con quirúrgico detalle; aunque sea una historia rebosante de traumas y terrores. Este escrito es, a mi modo de ver, la única forma de preservar lo que olvidaré con seguridad; pues ya no confío en mi efímera mente. Y no me refiero a una enfermedad que degrada mi cerebro, como se podría deducir con mis palabras; el fango en mis recuerdos es algo mucho más profundo y tenebroso.

El origen del horror inicia con un colmillo encontrado por un pescador y llevado a la Universidad del Pacífico, donde se le realizó una profunda investigación guiada por varios biólogos marinos. Un simple y afilado colmillo puede revelar mucho de su amo, pero no se requería grandes estudios para ver la magnitud del hallazgo: era del tamaño de mi brazo, más enorme que el de cualquier saurio, y agudo como el de las anacondas del Amazonas. Ninguna bestia conocida por la ciencia era tan colosal como para presumir tan enorme mandíbula. Y, para desconcierto de todos los biólogos, se determinó que era uno de los colmillos más pequeños de la imposible dentadura.

Sé de estos increíbles estudios y de esta investigación porque yo mismo he visto el enigmático colmillo, pues soy profesor de esa universidad y estoy en mi proceso de doctorado. El encontrar el críptido dueño de ese colmillo se volvió una tentación convertida en propuesta de tesis. Así que, sin dudarlo, empecé a ahondar en los eventos alrededor del hallazgo. De esta manera me enteré de varios sucesos desconcertantes que, aunque inconexos en la superficie, causaron en mí cierto interés.

El colmillo fue hallado en las costas de la Playa de Jovi, en el pacífico meridional. Sólo dos meses atrás se había informado sobre una embarcación encallada en la misma playa, sin tripulación alguna. Después de algunas pesquisas se llegó a la conclusión de que ese pequeño bote había zarpado con tres tripulantes. Todos habían desaparecido sin dejar rastro. Ese mismo año, varios marineros aseguraron haber visto “olas monstruo”, olas de más de quince

metros de alto producidas de la nada. Estas olas son un fenómeno poco usual, pero bien documentado alrededor del mundo; y no tienen explicación de su origen o motivo.

Tres años atrás, en las costas japonesas, otra embarcación fue hallada vacía, sin tripulación ni indicios de violencia por parte de alguna banda de piratas. El reconocido biólogo Himori Hikiko escribió un polémico artículo sobre el suceso, asegurando que “algo” había inducido a la tripulación a lanzarse al océano. Tomé el artículo de Himori como punto de partida para mi tesis.

Después de investigar sobre otros dos extraños naufragios y otro arribo fantasma en costas pacíficas, mi radar apuntó de nuevo a la Playa de Jovi. Así que me dispuse a iniciar allí mi excursión. Mis ahorros me permitían como máximo cinco excursiones a mar abierto, y la universidad me recomendó contactar con Basilio, un antiguo estudiante de la universidad que se había radicado en Jovi. Con parte de mi plan listo, me dispuse a iniciar mi espeluznante aventura.

Llegué a Jovi a mediados de septiembre. La playa es un paraíso en la tierra: arena blanca y suave, un mar cristalino y de varios tonos azulados, y un cielo despejado y hermoso. Alrededor de la playa se levantan montañas repletas de vegetación, y en los bordes de las montañas se abren varios manglares. El cantar de las aves me impactó, pero poco a poco me acostumbré, casi hasta sentirlo como un arrullo de la naturaleza circundante. El sol allí es rudo, pero la brisa amaina el bochorno.

En Jovi me reuní con Basilio, un mulato de casi dos metros de altura. Aunque su porte era imponente, era muy amable, un gran anfitrión y con una personalidad magnética. Me recibió con un delicioso jugo y me presentó a sus compañeros. La tripulación la componía el joven Joan, un moreno de tan sólo quince años que sufría de tartamudeo. Cuando Basilio lo presentó, el niño no pudo articular ni una sola palabra a causa del nerviosismo. Estaba ansioso de que lo recibiera en la expedición, pues muchos lo juzgaban por su forma de hablar y lo excluían.

Pero Basilio lo recomendó sin dudar. —Lo creen estúpido en el pueblo; pero el chico es un navegante nato. Lee las olas y las estelas como quien lee un libro, y tiene sentidos de orientación agudos y penetrantes. Es un buen navegante —dijo sin rodeos. Así que lo admití en la tripulación sin dudar.

El último tripulante era Frank, un pescador tímido y ya veterano que conocía bien el mar circundante. Según Basilio, Frank conocía bien los horrores indecibles del océano, y tenía cierta idea de dónde podríamos encontrar a la bestia dueña del enorme colmillo. Entonces hicimos los preparativos para la excursión y concluimos que el próximo sábado era ideal para iniciar nuestra atípica búsqueda.

Zarpamos en nuestra primera excursión el sábado 27 de septiembre, vivaces y animados por encontrar a la criatura. En mi excitado delirio, le puse un nombre a la travesía: “La búsqueda de Jörmungandr”. Decidí ese nombre en homenaje a la Serpiente de Midgard, el monstruo

de la mitología nórdica que lucha contra Thor al final de los tiempos. Pensé también en el Leviatán o en el Kraken; pero Jörmungandr me pareció más adecuado, pues el colmillo indicaba que el animal que buscamos es una serpiente. Aclaro que no estaba buscando un monstruo mitológico, pero si el dueño del colmillo existía, muy probablemente sería la inspiración del mito.

Las primeras horas fueron animadas, pero rápidamente el tedio empezó a zarandearme al igual que las olas al barco. El ánimo mutó en mareo, y lo único relevante que recuerdo de ese día fue el ver unos pocos delfines alejándose de nosotros. El dinero del primer intento fue dinero dilapidado. Sin embargo, después de tal búsqueda, Basilio desapareció.

El enorme Basilio no se presentó ni a la segunda ni a la tercera expedición. Su mujer, preocupada, nos pidió información; pero nosotros nada sabíamos de su paradero. No había sido visto en Jovi después de la primera búsqueda, y no recordábamos que hubiera mencionado algún destino en particular. Durante esos días nada se supo de nuestro compañero, aunque varios lo buscamos tanto en tierra como en mar.

La segunda y la tercera excursión fueron iguales de aburridas que la primera. Los gastos me estaban consumiendo, por lo que mi preocupación empezó a incrementarse. El joven Joan, tartamudo, pero sagaz, inspeccionaba el agua con los sonares, y su vista aguda podía determinar si algún animal grande se acercaba al barco; pero siempre eran ballenas que migraban al sur. Frank, seguro de que en esas coordenadas se escondían enormes animales, aseguraba que allí encontraríamos a nuestro Jörmungandr; pero todo fue en vano... hasta la cuarta excursión, la misma en la que me encuentro en este momento, escribiendo con la poca calma que el terror aún no me arrebató.

Quiero enfatizar con vehemencia que no estoy loco ni estoy delirando. Por el contrario, soy un hombre de ciencia y, por ende, escéptico. Lo que voy a escribir sobre la cuarta expedición fue lo que sucedió. Y supe entonces de la suerte de los turistas y del amable pero desdichado Basilio.

Salimos de la playa en horas de la mañana. El hermoso mar nos recibió cristalino y con un susurro suave y una marea tenue. Las gaviotas volaron cerca del barco y las nubes blancas se abrieron, dejando el mundo a merced del radiante sol. La mañana dorada era muy agradable, indiferente al fatuo transcurso del día. Navegamos por cinco o seis horas hacia el occidente, hacia las coordenadas indicadas por Frank. Allí nos topamos con una embarcación llena de turistas que deseaban ver la migración de ballenas. Al parecer, el motor del bote había fallado, pues dos de los tres encargados luchaban por encenderlo. La lancha era larga, con quizás veinte o treinta personas a bordo.

—Don... don... Leo... deb... debemos ayudarlos —dijo el joven Joan con trabajo mientras apuntaba al barco de turistas. Al tiempo que se intentaba acomodar el chaleco salvavidas, pues una de las correas se había enredado. No era la primera vez, pues en las excursiones anteriores Joan había tenido el mismo problema con el mismo chaleco.

Yo asentí y le pedí a Frank que nos acercáramos. Intenté desabrochar el cinturón de seguridad que me tenía sujetado al sillón, pero tenía un broche muy duro. —¡De nuevo este maldito cinturón! —dije intentando soltarme. En ese preciso momento inició una pesadilla engendrada por la talasofobia.

Al principio fueron los niños quienes empezaron a llorar de manera descontrolada, atemorizados por algún miedo instintivo e inexplicable. Casi de inmediato sus madres empezaron a gritar, presas de un terror desconocido. Los gritos nos llamaron la atención. Y vimos que, coordinados, tres hombres se levantaban de las sillas y se acercaban a los costados de la lancha. Quienes estaban cerca los retenían, pero todos empezaron a forcejear, casi a luchar.

Los gritos empezaron a aumentar, cambiando la furia por el pánico. Los primeros en saltar al agua fueron los dos hombres que intentaban reparar el motor. Después otros tres hombres, después las mujeres con sus hijos en brazos. Todos, presos a un acoso salvaje y enturbiado, lloraban, aullaban y gemían. Entonces unas nubes grises y embrujadas ocultaron momentáneamente el sol y taparon el cielo, y tornaron el mar gris y terrorífico (pues el mar es el espejo del cielo). Una brizna suave y anormal empezó a caer sobre nosotros, mientras mirábamos con indescriptible terror cómo las personas, ya en el agua, se apresuraban a quitarse los chalecos salvavidas, desabrochándolos como si estos les quemaran la tierna piel. Y los padres y las madres despojaban a los infantes de sus chalecos, sólo para después despojarse los propios y dejarse devorar por las aguas.

En medio de tal delirio, escuché a Joan gritar, preso del mismo hipnótico embeleso. Era un grito de miedo y espanto. Y, tartamudeando palabras inentendibles, el aterrado niño se lanzó hacia el cruel mar. Frank, casi asfixiado por el horror, permaneció acurrucado e inmóvil cerca del timón. Sus lágrimas salían sin cesar de sus ojos cerrados y parecía rezar; pero no gritaba. Entonces sentí un impulso fanático de vociferar. Y le grité varias veces a Joan, no para evitar que saltara, sino para rogarle que me esperara; pues yo también deseaba saltar y hundirme en el interminable Pacífico, y ser tragado por sus mareas infinitas; pues el océano, extenso y antiguo como es, es el mayor cementerio de la tierra.

Pero en un golpe de suerte, el cinturón de seguridad que tanto maldije evitó esa terrible manía. Intenté desesperado desprenderme del asiento, mientras gritaba horrorizado por quién sabe qué maleficio. Mis lágrimas salían y mis alaridos ahora roncós se unían a los de los turistas que seguían lanzándose desde la lancha; como si tal nave los vomitara hacia los peligros marítimos.

Y, de repente, todo cambió, cual espejismo exquisito y a la vez inquieto. En segundos todos los colores de mi entorno cambiaron y se cromaron, y el cielo se tornó blanco, y el mar se tornó negro como el petróleo. Me sentí al interior de una perturbadora fotografía en negativo. Ahí la vi, intensa y tan enorme que la vista no me alcanzaba para abarcarla. El monstruo estaba exactamente bajo la lancha de turistas, o sólo un pedazo de él, pues era gigantesco y desproporcionado. Sólo alcancé a ver su enorme cola, semejante a la de una ballena mítica. Pero era una visión onírica y casi obscena. Podía verla bajo el agua negra, pues su silueta era albina y horrenda. Era, en efecto, una serpiente marina, tan grande que sólo el océano podía albergarla. Y nuestros cuerpos no serían para ella más que plancton. Pero la escamosa bestia,

designio ominoso de ídolos antiguos, desprendía un humor extraño, como si envenenara el agua y el aire a su lento paso. Su virtuosa aura era tan poderosa que sentí cómo mis dientes se caían y cómo mi cabello moría, dejándome calvo en ciertas partes de la cabeza. La sangre brotó por mi nariz y sentí cómo la náusea trepó hasta mi garganta; pero no pude lanzarme al agua a causa del imperfecto cinturón de seguridad.

La visión a blanco y negro duró sólo unos instantes. Cuando la conciencia volvió a mi cabeza, ahora desprovista de cabello, vi que las aguas se habían calmado, las nubes se habían disipado y el sol brillaba poderoso sobre nosotros. Las aguas saladas se encontraban en calma, una espeluznante, y la lancha de turistas ya no tenía turistas. Varios salvavidas flotaban sobre las aguas, vacíos de usuarios, y el bote danzaba de forma espectral. Ya no se escuchaban gritos ni llantos... no se escuchaba nada.

Entonces escuché unos gritos: —¡Don... don... Leo..., don... por favor ayu... ayúdeme! ¡Era Joan, y estaba vivo! Me apresuré a mirar a Frank, que también tenía sangre en la nariz, pero estaba vivo.

—Señor Leo, le juro que la vi, y era blanca; y ahora lo recuerdo todo —me dijo el viejo mientras respiraba con agitación.

Pero le interrumpí. —Yo también ya recordé todo, pero por ahora ayudemos al niño —le pedí.

Joan fue salvado por el imperfecto en su salvavidas. La cuerda que se había enredado había evitado que, en su ataque de pánico, lograra desabrochar el chaleco. El niño había perdido dos dientes, pero era un precio pequeño que pagar a comparación de toda una vida aún por vivir.

Cuando ya estuvimos los tres en el barco, nos miramos, indagamos y supimos qué tan voluble es la memoria, pues atamos cabos y recordamos todo.

Decidí añadir al título de este escrito: “Y el Mar de los Olvidos”, pues me pareció bastante acertado tal nombre. ¿Por qué?, se preguntarán. Es sencillo: este mar y nuestra horrible Jörmungandr producen eso... olvido.

Frank, Joan y yo recordamos eventos que olvidamos por completo en nuestra primera expedición. Aquel sábado, después del mediodía, vimos cómo una estela taimada formó sutiles olas cerca de nuestra embarcación. Varios delfines nadaron espantados para alejarse de nosotros, al igual que cientos de peces de todos los tamaños. Entonces la vimos: pasó cerca de nosotros, enorme y coriácea, colosal y de tonalidad cadavérica. El vaho que la rodeaba nos invadió por las narices y las bocas, y causó en nosotros convulsiones y hemorragias. Y todos empezamos a gritar de manera insana e irracional, formando un coro compuesto por Las Furias.

—¿Qué sucede?! —exclamó Basilio mientras mostraba temor en su rudo rostro.

—¡No lo sé! —dije mientras miraba cómo Joan y Basilio se levantaban de los asientos, prestos a lanzarse al agua.

—¡No quiero! ¡No quiero! —gritaba Basilio repetidamente, aterrado, mientras un impulso invisible y más allá de la lógica lo empujaba a las azules profundidades.

Tras de él estaba Joan. —¡Don... Leo... no puedo detenerme! —decía mientras temblaba. Parecía un acólito enceguecido. El horror se veía en sus ojos, abiertos y grandes como platos. Sólo instantes después me poseyó el mismo espantoso deseo. Mi cabeza divagó y un extraño mareo abordó mi cráneo, como si un veneno hubiera infectado mi cabeza. Mis manos, ajenas a mi control, empezaron a buscar el broche del cinturón. Pero el bendito cinturón se trabó y me salvó, amarrando mi cuerpo autómatas al asiento y evitando el sofocante ahogo.

No obstante, y lejano a mi suerte, el buen Basilio, incapaz de dominar su propio cuerpo, se lanzó al agua. Sólo escuché el grito momentáneo, seguido por un burbujeo ahogado y, después, el silencio; sirviendo así un nuevo sacrificio a la bestia. Joan se lanzó tras él, llorando y pensando que su vida había terminado; pero, al igual que hace unas horas, el chaleco salvavidas le jugó una buena pasada, amarrándose de manera extraña a su cuerpo; y lo salvó. Esos dos objetos, inanimados, pero benignos, salvaron dos vidas, ¡Y dos veces! Y Frank, presa y a la vez protegido por el miedo, se paralizó del temor apenas la bestia apareció, por lo que su cuerpo no respondió y quedó acurrucado, cual estatua invulnerable de mármol. Ese mismo día vimos cómo otra embarcación con dos pescadores padecía el mismo horror. Los dos humildes hombres, desesperados por la imponente presencia del engendro, se lanzaron al agua y dejaron su nave a la deriva; pero como no eran oriundos de Joví no fueron reportados como desaparecidos (no en ese momento).

¿Cómo pudimos olvidar tan espantosos actos? ¿Cómo borramos de la cabeza tan traumáticas experiencias? No lo sé con certeza, pero las olvidamos en el instante en que llegamos a la costa, y sólo las recordamos cuando volvimos a encontrarnos con el monstruo.

Ése es su poder. Quizás esa serpiente gigante ha sido avistada muchas veces por muchos marineros, que simplemente la olvidan apenas pisan tierra firme. Ella es la causa de que las embarcaciones arriben vacías a las costas, y el motivo que cita Himori en su controversial artículo.

Y me pregunto: ¿qué somos sin memoria? Sin recuerdos no somos más que cascarones que divagan día a día bajo una tenue bruma. Ése es el motivo por el que escribo este texto, pues sé que apenas llegue a la costa los tres lo olvidaremos todo. La lancha de turistas no será más que un “desafortunado naufragio”. Basilio seguirá desaparecido, y su mujer y sus tres hijos seguirán esperándolo con impaciencia y anhelo. El enorme colmillo seguirá sin dueño y nosotros, ahora calvos y desdentados, seremos víctimas de alguna extraña enfermedad, independiente a nuestra tortuosa búsqueda.

Escribo esto antes que el olvido me gobierne, tal y como ya me gobernó días atrás. Escribo, apresurado, sobre esta cuarta exploración, como impoluta bitácora, para que persistan los hechos, aunque se desvanezca la memoria.

VII

El Quinto Espíritu tomó una forma inquietante. Aún desconozco el motivo de su presentación. Era un niño, un infante con el cabello negro y la piel en extremo pálida, casi hasta alcanzar una tonalidad cadavérica. Pero era obvio para mí que aquel ser había visto edades completas, y había visto surgir y caer imperios. Era un alma madurada la que se asomaba entre esos ojos de infante. Si deseaba mostrar pureza o inocencia ante mí se había equivocado por completo. De hecho, en sus ojos negros vi la maldad, el morbo y el sadismo (un guiño al gran Marqués de Sade).

Aquel maligno ser me dio su cuento y me dijo con voz infantil: —La considero una gran historia, mi señor. Espero que esté a la altura, mi señor.

Tomé el papel y noté que tenía, como siniestro detalle, un sol con cara feliz pintado con crayones en la parte superior de la hoja. Todo el texto estaba escrito con crayola café, y, al final, una casita cuadrada hecha con líneas de color rojo.

Vi el título y dije: —Entonces, pequeño, ahora leamos «Monstruo», para que tus compañeros lo escuchen.

Y el espíritu lanzó una sonrisa taimada y grotesca.

MONSTRUO

Aún tengo el vívido recuerdo de mi hermana, encorvada sobre la cama y convertida por completo en un espeluznante monstruo. Es una horrible imagen la que viene a mí en las noches, cargada de formas grotescas y recuerdos amargos. Y su indescriptible fosforescencia me invade cuando todo está oscuro y en silencio, atormentando mi espíritu hasta la llegada del alba. Durante ese delirio me es esquivo el sueño y la tranquilidad, mientras que pesadilla tras pesadilla pierdo peso y sufro de inclementes migrañas que llegan hasta mis nervios, hasta llevarme, quizás, a una muerte prematura.

Para contar con detalle esta historia debo transportarme a mi infancia. Mi familia era de ensueño: unos padres amorosos y mi amada hermana, Ana. Yo era el menor y, por lo mismo, sentía el abrigo de dos madres. Ana era cuatro años mayor, me cuidaba y me amaba con empalagosa dulzura. A menudo me mimaba y me abrazaba, y me daba besos en las sonrojadas mejillas. Era una hermana maravillosa.

Pero a menudo la vida sacude la frágil estabilidad hasta sus cimientos, y da por sentado que lo único seguro es que no hay nada seguro; excepto la muerte. ¡Y aprendí esa lección con dolor y lágrimas! En un viaje al campo, un pequeño clavo laceró la pierna de Ana mientras saltaba una tapia. Ella sacó el clavo de su pie, lloró un poco y siguió disfrutando de las vacaciones. Pero la bacteria ya estaba en su interior, enquistada con terrible sigilo, y se esparció rápida y horrorosa.

Pronto su salud empezó a mermar. Mis padres poca atención les prestaron a los síntomas iniciales, pues no había dolor... no aún. Al principio fue una pequeña fiebre; pero esta se prolongó por una semana, acompañada de una pequeña hinchazón. Ana se sentía cansada, y no quería ir al colegio. El dolor llegó dos semanas después, y casi detrás de él vino la mordaz decadencia.

La tragedia se desenvolvió muy rápida y sin pliegues. La osteomielitis, increíblemente agresiva, la deformó en poco tiempo. Sus bellas y dulces manos se descarnaron y se alargaron, cuáles garras aguileñas. Su rostro se consumió y perdió su candor. Parecía más envejecida por las muecas de dolor y las arrugas de su frente. Sus labios se secaron y su cabello se volvió grasiento, sucio, hasta caerse por mechones. Día a día se iba gibando, encogiéndose, y pronto su columna empezó a ser visible en su espalda. Mis padres y yo solo podíamos ver cómo la enfermedad la devoraba con inusual presura.

Entonces empezó a odiar la vida, al tiempo que la envidia a la salud ajena apuntaba su odio. En sus ojos veía la furia al verme sin dolor alguno, sin angustia, libre de una cama y de una enfermedad invalidante. Envidiaba cómo yo podía ir al baño sin depender de nadie; cómo podía tomar una ducha caliente en vez de un baño con paños húmedos; cómo podía recibir la luz del sol, tener amigos, ir al colegio y seguir mi vida normal. A menudo, mientras gozamos de salud, vemos problemas en todo; pero cuando enfermamos tenemos un solo problema.

Ana, incapaz de moverse, empezó a orinarse en la cama, obligando a mi madre a limpiarla. También necesitaba ayuda para comer, por lo que yo, infinitamente agradecido porque la

amaba, lidiaba a veces con la ardua tarea. Pero ella, culpando a Dios y a la suerte, me veía como su enemigo. Me escupía la comida y chillaba en mi cara como un cerdo, enviándome un hálito vaporoso y hediondo. Por todo lo mencionado empecé a evitarla. Con el tiempo ya no quería cuidarla, lo que causó discusiones con mis padres.

Recuerdo que al pasar por su cuarto sentía ese apestoso hedor, por lo que cruzaba con paso apresurado. Pero al hacerlo, Ana me gritaba indecibles improperios. Recuerdo también esa voz distorsionada y chillona que estremecía el alma, mientras un frío de odio y miedo me recorría la espalda.

Así pasaron los meses, y después un año. Mi madre, cansada, seguía con el resignado cuidado de esa bestia. Mi hermanita había desaparecido por la maldita osteomielitis, por esos brutales estafilococos que, casi seguro, estaban en ese diminuto clavo en medio del campo. ¡Maldigo ese clavo! ¿Cómo era posible que algo tan pequeño e inanimado pudiera arruinar a mi familia de repente? Mi padre también se veía cansado; pero yo era el más renuente. Los hombres somos menos propensos al cuidado, y por eso ya no quería saber nada de mi hermana. Incluso, debo confesar con vergüenza que empecé a desear su muerte para ganar la atención completa de mis padres (y creo que de este deseo nace el pesado remordimiento y, por ende, las voluptuosas visiones que ahora sufro). No puedo asegurar que mis padres pensarán igual, pero creo que más de una vez contemplaron tal idea.

Ana, aunque odiaba la vida entera, enfocaba su odio hacia nosotros. Quería vernos serviles, limpiándola y alimentándola; como si nuestra infelicidad hiciera más llevadera su enfermedad, como si los dolores fueran más tolerables con nuestra amargura, como si nuestra miseria fuera su efímero consuelo. Si ella no era feliz nadie podía ser feliz. ¡Cuánta crueldad! Alimentarla era en demasía complicado, pues mordía y escupía; y vestirla era difícil, pues sus ropas quedaban pegadas a su piel a causa de las crecientes llagas de su espalda. Entendía su dolor, pero ella se encargaba de hacer de su propio cuidado una tarea más ardua.

Y yo me convertí en el lienzo perfecto para esparcir su miseria. Siempre que me acercaba intentaba tomarme del pelo y zarandearme, pero sus fuerzas la abandonaban y se contraía en un doloroso pasmo. Incluso, en una ocasión durante una limpieza intentó mordirme con esos dientes podridos y filosos. Ese fue el último día que ayudé a mi madre con los cuidados. Ya no quise saber más de ella. Para mí, Ana, mi amada hermanita, ya estaba muerta.

Pero Ana no moría, por más que quisiera. Y pasaron dos años, dos horribles y eternos años cuidando ese despojo maligno y lleno de odio y envidia. Mi madre envejeció, su cabello se llenó de canas y su rostro se arrugó. Mi padre también sufrió, pues tuvo un *preinfarto* en víspera de navidad. Su rostro se adelgazó y dejó de sonreír. Yo, siendo niño, solo quería que todo acabara.

Y todo acabó una noche lluviosa de octubre, por casualidad, el mes de las brujas (para mí, Ana era una fea bruja de cuento de terror). Yo dormía, arrullado por el sonido de las gotas sobre las tejas, cuando escuché en la oscuridad un alarido desesperante que fue subiendo en agudos decibeles hasta desaparecer. Parecía un grito proveniente de una cripta profunda y húmeda. Mis padres se levantaron de inmediato; pero yo no lo hice, pues sabía que era Ana. No quería ver el ocaso del monstruo. Sentí entonces que llovía más duro, y el negro cielo

empezó a iluminarse con rayos, al tiempo que truenos furiosos sacudían las ventanas. Escuché otro grito, ahora ahogado; casi un mugido doloroso y terrible. Otro rayo cayó y las ventanas de nuevo se sacudieron. Yo solo me cubrí con la cobija, y, sintiendo de repente una paz extraña, supe que ella había muerto. Casi de inmediato la lluvia mermó, y no cayeron más rayos durante esa noche. Por fin Dios... o el Diablo... se había llevado esa alma encerrada en ese cuerpo torturado. Ana, mi hermana, por fin nos dejaba descansar.

Pensé que todo había terminado. Su funeral fue triste, pero hubo un alivio implícito. Mis padres lloraron, pero rejuvenecieron. Yo por fin sentí que podía tener la atención completa. Es horrible admitirlo, pero sentí un tino de felicidad. Todo había acabado... o eso pensé.

Ya sin la presencia de la enferma, la mente empezó a jugarle malas pasadas: recordé a la dulce Ana, a mi amada hermanita, que me abrazaba y me mimaba. Recordé a la bella niña que permanecía sonriente, que con dulces caricias aliviaba mis raspones, que me hacía galletas con la masa que le sobraba a mi madre cuando cocinaba. Entonces me sentí miserable, culpable, horriblemente avergonzado de siquiera desear la muerte de ese ángel. Y la culpa y el remordimiento empezaron a apoderarse de mi ser, nervio por nervio, hasta engullir mi tranquilidad y enfriar mi felicidad.

Pasaron los años, y el recuerdo empezó a transformarse. Los primeros años recordé cómo era antes de la enfermedad: una niña hermosa vestida de rojo o azul, con coletas y una sonrisa amplia. Dulce y maternal, de cachetes rosados y una mirada pura y hermosa. Este recuerdo me causaba nostalgia, pues un terrible cargo de conciencia me oprimía el corazón. Pero entonces, creo, esa culpa empezó a jugarle en contra, pues de repente llegó al interior de mi cráneo, sumergida en sus deformaciones.

Y todo es más terrible ahora que vivo solo. Dejo las luces encendidas, pues la oscuridad me acuerda a su terrible cuarto, causando en mí miedo y náuseas. En ocasiones no puedo moverme ni respirar. Cuando la casa está oscura y en silencio la veo. ¡Juro que la veo, burlando la custodia de la tumba y al guardián del infierno! Veo su sombra de manos alargadas y espalda curva y descarnada, mirándome con esos ojos negros llenos de furia y dolor. Temo abrir la puerta de mi armario por la noche y encontrarla allí, agazapada en la oscuridad, sonriendo con esos dientes amarillos y con una expresión sardónica y cruel, presta a lanzarse a morderme. Temo abrir la cortina por la noche, pues imagino su rostro pálido y desfigurado pegado al cristal, con los ojos muy abiertos e inyectados de sangre. Temo encontrarla acurrucada al final de la escalera, o esperándome escondida en el baño, más oscura que el rededor, pero con ojos brillantes en un rostro cadavérico. A menudo siento ese olor agrio que me recuerda su miseria; sudo y tiemblo cuando lo percibo. Así que miro a todo lado, esperando verla, pero nunca hay nada.

Mi mente arruinada invoca esos recuerdos terribles, llevada por una conciencia sucia. (Quiero pensar que es mi mente y no la realidad). Pero el terror que siento en mi casa es un tormento vívido que se está volviendo cada vez más frecuente. Ya no quiero llegar a mi hogar por la noche, pues siento que ahora vivo con ese chillido agudo en medio de la lluvia y los rayos, ese olor asqueroso, esa sonrisa macabra, esas manos... ¡Esas huesudas y deformadas manos! Esa posición fetal, esas muecas de ira y resentimiento. Todo es para mí palpable, como si su fantasmagórico recuerdo fuera mi inquilino, un inquilino espectral y tenebroso. Ahora,

mientras escribo, intento recordar a mi amada hermanita, pero no, ya no lo logro; solo recuerdo el horripilante monstruo.

VIII

Acaricié la cabeza del niño con mi pezuña, y él me sonrió. Pero ambos sabíamos que estábamos actuando, continuando con un teatro siniestro entre un adulto protector y un infante inocente: pero ni él era un ingenuo niño ni yo era un ser protector.

Poco después se acercó a mí el Sexto Espíritu. Apareció de detrás de la pira, por lo que el fuego lo había mantenido oculto. Era una joven bella, un espectro elaborado por una sustancia divina. Tal era su belleza que no recuerdo un ser más hermoso. Ni el brillo de las estrellas ni los pétalos anaranjados de las flores que nos rodeaban competían con aquella prodigiosa hermosura.

Y, aun así, era gobernada por el temor. Miraba a todos lados, inquieta y dubitativa; pero sólo veía a los acólitos y a mí. Desconocía la apariencia de sus colegas y, quizás, competidores. Y si la belleza no es visible no sirve.

Me daré una pequeña licencia para aclarar que la belleza excesiva es, sin dudarlo, una monstruosidad. Inmola la atención de todos los seres, modifica los pensamientos, agudiza los impulsos (en especial la lujuria y la envidia) y adormece la inteligencia. Esta atención llama, a menudo, pasiones no deseadas. Incultos que dan por interés esperando a cambio lo mismo que creen dar. Egoístas que se aferran al gobierno de la belleza con la violencia de ser necesario. Pero también despierta el rencor de sus pares, pues la fealdad ataca a la belleza si no puede nutrirse de ella.

Y, adornada de cierta antítesis a sí misma, si la belleza no cuenta con espectadores es inútil por completo, pues depende, sin excepciones, del sentido de la vista.

Por eso el Sexto Espíritu tenía temor, porque allí, en mis horrendos dominios, no tenía poder alguno, un poder al que se había acostumbrado y que evitaba perder a toda costa, cual enajenado codicioso apegado a sus riquezas.

Se acercó y extendió su mano temblorosa y delicada para darme un papel. Su caligrafía era cursiva y hermosa, bien cuidada y muy pulida.

—Mi señor, espero que este cuento sea un cuento digno de este aquelarre —me dijo con voz quebrada y a la vez melodiosa.

La miré con detalle y dije: —No temas, que por fin podrás mostrar tu valía sin adornos hermosos y engañosos. No habrá espejismos ni ningún estímulo externo que influya sobre la calidad de tu talento. Sé que es un buen relato de terror, por lo que no sólo debes estar tranquila sino orgullosa. Gracias por compartir tu escrito conmigo y con los poderosos espíritus presentes.

Ella asintió un poco más calmada y se apresuró a sentarse detrás de la pira, bajo la impúdica mirada de mis esclavos.

Examiné de nuevo el pulcro papel de fragancia dulce e inicié la lectura del cuento.

EL MISTERIO DE LA CUEVA DE LA LUNA

La Cueva Chía, o la Cueva de la Luna, gozó de cierta popularidad durante algún tiempo a causa de un terrible misterio aún sin resolver. El protagonista fue Andrés Petén, un espeleólogo aficionado que descendió a ella años atrás. No se sabrá nunca qué sucedió en aquella cueva con Andrés, pues fue hace mucho tiempo y Andrés ya está muerto. Las versiones aterradoramente coincidentes de los rescatistas lanzan un manto de duda que torna ese extraño acontecimiento aún más inexplicable.

Muchos turistas y varios científicos visitaron la cueva con frecuencia durante los años ochenta. La facilidad del descenso y la poca profundidad (unos treinta metros en vertical) despertaban la fascinación de los visitantes, pues implicaba una “victoria fácil”. Allí eran visibles algunos murciélagos y ciertos insectos, además de pequeñas estalactitas y estalagmitas. Con un buen arnés, poleas y algo de pericia, un espeleólogo novato podía llegar hasta el fondo de la cueva en menos de cinco minutos; pero para el caso de Andrés fue diferente.

Animado por las experiencias de sus amigos, Andrés decidió ir solo a la cueva. Ansioso por demostrar su valía ante sus pares y, gobernado por el ímpetu juvenil que ignora las consecuencias, no tomó ninguna precaución más allá del funcionamiento de sus instrumentos. Ya había descendido cavernas más profundas y de complejidad más alta, por lo que esta excursión era un simple «entrenamiento». Llevó consigo todo lo requerido: casco con linterna, cuerda estática, descensor, mosquetones, anclajes, arnés y botas. Después de algunas horas en carro, llegó a la boca pétrea y negra a mediodía. El calor era gentil y el viento soplabá desde el norte, tornando la experiencia dulce y maravillosa.

Al ingresar, sintió el ya conocido hedor a humedad y guano. El aire estaba un poco viciado, pero era lo normal para una cueva pequeña. Caminó unos pocos minutos por entre las rocas hasta que encontró el socavón que se abría al final del túnel. El abismo tenía por lo menos diez metros de diámetro, lo suficiente para una descolgada sencilla. Revisó su equipo y se dispuso a planificar los dos puntos de anclaje. Tomó un poco de agua, se aseguró el arnés y, después de una última revisión al descensor, se lanzó al vacío. La aventura había iniciado.

Lo que debía ser una pendiente sencilla de menos de cinco minutos se convirtió en un horrible martirio. Al inicio todo fue fácil. Las piedras se encontraban firmes y el equipo funcionaba sin problema. Pero después de pasados los cinco minutos, Andrés empezó a mirar con extrañeza que aún no alcanzaba el fondo de la cueva. Pensó que quizás sus amigos, inexpertos como él, habían calculado de manera errónea la distancia hasta el suelo, así que continuó su bajada por algunos minutos más.

La cuerda, bien marcada, ya daba más de cincuenta metros, y Andrés, ahora nervioso y fatigado, miraba con temor hacia allá abajo, hacia una oscuridad tenebrosa y asfixiante. El fondo todavía no era visible y, por el contrario, el haz de luz de la linterna en su cabeza no parecía chocar con nada en vertical. Sólo eran visibles las paredes del inquietante socavón, que poco a poco se iba ensanchando como un estómago monstruoso.

Para cuando la cuerda dio más de cien metros, Andrés, ahora nervioso, decidió iniciar el ascenso. No deseaba bajar más. Pensó que se había equivocado de socavón, quizás de cueva; pero no estaba dispuesto a arriesgarse a un descenso peligroso estando solo. No obstante, se dio cuenta de que en vez de ascender seguía descendiendo. El bloqueador de pecho, el pedal y el bloqueador manual funcionaban sin problema, pero la cuerda indicaba el aumento de los metros en vez de su disminución, aunque sabía que iba hacia arriba. ¿Acaso estaba delirando? ¿Acaso el equipo estaba defectuoso? ¿Acaso la cuerda estaba mal diseñada? No, siempre había tenido ese equipo; lo había utilizado muchas veces en diferentes expediciones. ¿Qué sucedía entonces?!

Andrés gritó con frenesí para pedir auxilio, mientras reposaba un poco para juntar fuerzas. Por fin comprendió la gravedad de la situación. Sus brazos ya hormigueaban a causa del esfuerzo y el arnés apretaba sus piernas suspendidas en medio de tan espeluznante oscuridad. Después de algunos gritos que se perdieron en ecos tormentosos, se limpió las sudadas manos e intentó de nuevo la subida; pero la oscuridad era cada vez más opresiva y la profundidad cada vez mayor. La cuerda y los instrumentos indicaban que seguía bajando, ya más de ciento cincuenta metros, y el incierto fondo seguía invisible.

Entonces los vio, incrustados en las primitivas paredes como si la cueva misma sufriera de viruela. Al principio pensó que eran simples protuberancias comunes en las paredes del socavón, pero después de una inspección más minuciosa vio que el abismo le tenía una sorpresa grotesca: Andrés vio rostros y cuerpos de personas fundidas con la roca podrida, como si la cueva misma los hubiera devorado. Todos los rostros entre las piedras tenían facciones únicas, como el Ejército de Terracota; y todos, sin excepción, mostraban un espantoso padecimiento, como si hubieran sido emparedados vivos. Sus rostros constreñidos eran aún más aterradores a la luz de la linterna, lanzando a la deriva la imaginación del espeleólogo.

Andrés volvió a gritar, espantado, al tiempo que intentaba llegar a la superficie. Pero veía, ahora con toda claridad y lucidez, que los cuerpos entre las rocas eran lo que subían, mientras él seguía el descenso. Y parecían burlarse, reírse de manera sardónica mientras se alegraban por la llegada de un nuevo compañero. Entretanto, del fondo emergía un olor sutil pero particularmente insoportable. El horror sentido por aquel hombre en ese instante fue indescriptible, pero no limitante; pues un terror aún mayor pareció asechar y romper toda resistencia humana.

Agotado y casi rendido, Andrés desistió del ascenso. «Es mejor quedarme a esta altura y esperar ayuda en vez de seguir bajando» pensó con sensatez. Así que se llevó su pito a la

boca y empezó a soplarlo con cierta frecuencia, inconsciente del peligro y confiado en una pronta ayuda. El pitido también se perdía entre los ecos lejanos y cavernosos, dando a entender la incomprensible extensión de la cueva. No era la cueva que sus amigos habían descrito, tampoco la cueva de la que hablaban en el círculo de espeleólogos. No, era una cueva diferente, enorme y titánica. Ya la cuerda indicaba más de doscientos metros de profundidad, pero por la distribución del sonido y los ecos lejanos se podía concluir que no era sólo el socavón lo que tenía dimensiones colosales. La cueva completa gozaba de sugerentes desproporciones.

Pero lo que Andrés desconocía era que esa horrible cueva, muerta durante eones, ocultaba misterios de formas extravagantes, horrores de intensidades decrepitas y monstruosidades antinaturales. Y Andrés, aunque ignoraba todo aquello, sintió esos augurios indecibles allá abajo, donde aún no era visible el fondo. Él sabía que se acercaba. Era indudable: algo trepaba por las paredes de la oscuridad, famélico y sigiloso. Producía sonidos pausados, cual predador calculando, pero no lo suficiente cauto para engañar al explorador. Andrés empezó a iluminar con la linterna todo su entorno. En las paredes aún permanecían los cuerpos petrificados de aquellos desgraciados, cuales guerreros contra Medusa; pero en el fondo nada era visible.

Aun así, Andrés lo sentía. Algo se acercaba, algo más antiguo que la historia misma. Quizás una monstruosidad arcana que nunca había visto el sol... o la luna. Algo de porte mitológico que reptaba como un depredador omnisciente, desfigurando con su presencia los bordes rocosos y el aire corrupto. ¡Algo milenario trepaba desde el abismo como una bruma hechizada!

El hombre empezó a pitar con todas sus fuerzas. Pero los nervios aflojaron sus labios, por lo que el pito se perdió en las inmedibles profundidades. Entonces, con la náusea en la garganta, empezó a gritar con todas sus fuerzas, rasgando sus cuerdas vocales, mientras, aterrado, miraba abajo, intentando ver «la cosa que subía». La imaginaba con proporciones enormes, una abominación soterrada por millones de años que había inspirado cuentos de terror. O quizás aquella entidad que ascendía no era una criatura, sino la voluntad misma de la cueva, una voluntad presta a fagocitarlo tal y como lo había hecho con los desdichados muertos enquistados en las paredes de roca.

En medio del pánico, Andrés intentó subir de nuevo, y grande fue su sorpresa al ver que la cuerda restaba metros. Hizo otro intento y el resultado fue el mismo. De repente había un poco de esperanza. Así que inició su ascenso, un apresurado y desesperado ascenso, y sintió cómo esa entidad allá abajo parecía alejarse, y vio cómo los cuerpos en las paredes empezaban a descender, tristes al ver cómo su nuevo compañero de infierno los abandonaba. La opresión empezó a mermar, el aire se tornó menos maligno, las paredes del abismo empezaron a apretarse y la cuerda empezó a marcar veinte metros, después diez, después cinco... y entonces vio allá arriba una luz nocturna, blanca y hermosa que parecía colarse por la boca de la enigmática cueva; entonces supo el motivo de su nombre.

Los rescatistas llegaron a la Cueva de la Luna al día siguiente. Un amigo de Andrés dio el aviso, por lo que el cuerpo de bomberos de Chía se apresuró al sitio. Los rescatistas encontraron parte del equipo de Andrés en la boca de la cueva y otra parte en el borde del socavón. Y, para sorpresa y desconcierto de todos, la cuerda que descendía seguía tensa, como una entidad la halara desde el suelo. La mayor parte de la cuerda se encontraba enrollada en el borde, y sólo había veinte metros de ella suspendidos hacia el fondo.

Tres de los mejores rescatistas se apresuraron a bajar, esperando lo peor. El descenso duró menos de tres minutos; pero lo que encontraron allí, al fondo del pequeño abismo, fue una imagen digna de pesadillas. Poco después, los rescatistas subieron y se apresuraron a llamar a las autoridades, incrédulos de lo que allá abajo reposaba. Después de ese caluroso día de enero, la Cueva de la Luna fue clausurada para siempre.

Lo que vieron los rescatistas fue un cuerpo suspendido a diez metros en la mitad del socavón. Era, en efecto, el cadáver de Andrés Petén. Pero la escena tenía ciertos elementos que no encajaban en un accidente, y la disposición del cuerpo fue lo que dio vida al misterio. El cuerpo de Andrés no se encontraba suspendido sobre el arnés en sus piernas, ni en las cuerdas amarradas a su pecho; la cuerda estaba férreamente amarrada alrededor del cuello, produciendo un siniestro sonido de tensión entre las paredes rocosas. El hombre, con los ojos desorbitados a causa del horror vivido, había sido literalmente ahorcado al interior del negro socavón, y esa acción en medio de la nada era imposible sin un tercero implicado.

IX

Después de leer este magnífico cuento, llamé de nuevo a la joven y la felicité al oído, pues fue en verdad una excelente historia. Le pedí que se sentara de nuevo y llamé al Séptimo Espíritu. Parecía ser una involución del ser humano. Podía percibir su hedor desde lejos. Tenía la piel negra, la nariz puntiaguda y los ojos diamantinos como las serpientes. Era patizambo y su constitución esquelética era muy parecida a la de los dos quemados en la pira. Por un momento pensé que era un sobreviviente de alguna hoguera antigua.

Me examinó, hostigado, con inquisidora mirada, como si fuera él y no yo el Ser Supremo. Pero dejé pasar su osadía, pues mi interés se encontraba centrado en el papel que sostenía con sus garras de uñas largas y peludas.

Le pedí el cuento con cortesía.

Él lanzó un bufido, molesto.

Entonces me levanté solemne y le dije con autoridad: —Dame tu cuento, ¿o acaso no soy digno de tu relato?

El espíritu, asfixiado por el horror de mis ritos magnificados, realizó unas muecas desproporcionadas, como si estuviera bajo el influjo de los venenos, y me dijo con voz corrupta y cavernaria: —Es un relato muy diferente a los que he escuchado, pero sé que será del agrado para todos.

Entonces me dio su cuento.

Yo miré el papel, escrito con símbolos muy antiguos y casi olvidados, y me apresuré a leerlo.

EIDHARD

Me tomaré cierta libertad en este relato, pues narraré esta historia cual cuentero y a la vez historiador. ¿Cuánto de realidad y de fantasía hay en este relato? Al igual que la historia y que los cuentos fantásticos, se tienen en cuenta ambos puntos de vista. Y me tomo este atrevimiento porque desde que conocí la historia de Eidhard supe que tenía que plasmarla; un acontecimiento guiado a menudo por la arrogancia y el orgullo.

Eidhard, nombre grandilocuente, fue el primogénito de un viejo señor feudal. Poco y nada conocía las carencias, el agotamiento y el dolor de sus vasallos. Sobresalió siempre por su estatura y su fuerza, y esto lo ponía en una excelente posición: poder y fuerza, una voluptuosa combinación. Además, como si fuera poco, era bastante atractivo para las mujeres, por lo que ganó muchos enemigos.

En su aldea natal, Eidhard era conocido por coquetear con muchas jóvenes, independientemente de su estatus. A menudo se metía en problemas con los campesinos, pues no respetaba los sagrados lazos del matrimonio. Se sentía con el poder suficiente para intentar besar mujeres ajenas frente a sus maridos. Cuando algún hombre lo increpaba, el gigante lo amenazaba con sus nudosos puños o su espada larga. Entonces, casi todos los hombres de inmediato desistían de su reclamo. Sin embargo, sí se vio envuelto en varios altercados, y cuando el amedrentamiento no funcionaba simplemente se iba a los golpes. Si la gresca crecía llamaba a los guardias de su padre, fungiendo ellos como guardias personales y perros falderos. Nuestro protagonista era en verdad un completo idiota; pues es bien sabido que un hombre joven no sabe manejar el poder y, en su lugar, distorsiona su propia realidad con estados alterados y egos rebasados.

Y los problemas se incrementaban a la par con la cantidad de cerveza que bebía. Iba a los antros y a las tabernas, cantaba desafinado y destrozaba el mobiliario, acosaba a las mujeres y se burlaba de los discapacitados; pero nadie hacía nada, siendo cómplices tácitos apaleados por el miedo. Los aldeanos, temerosos, simplemente lo evitaban.

Pero todo cambió a principios de abril, un año y tres meses después de iniciada la guerra. Eidhard tenía veintitrés años para esa época. A la aldea llegaban algunas historias de la guerra lejana, de valientes héroes y grandes victorias. Muchos guerreros del imperio habían ganado renombre; y eso era lo que el joven quería. ¡Quería gloria! Empezó a fantasear la batalla, seguro de su fuerza y gallardía. Se veía, en acto de disociación y desdoblamiento, batiendo enemigos a diestra y siniestra, sin esfuerzo y temor. Deseaba hacerse con riquezas de saqueos y con mujeres exuberantes. Incluso se imaginaba siendo un renombrado general con varios hombres bajo su mando; idea poco descabellada para el hijo de un señor feudal. Estaba acostumbrado a mandar, pero además de dinero tenía fuerza y belleza, atributos que le permitían maniobrar con cierta petulancia.

Y cuando las noticias de la guerra llegaron, Eidhard se animó. En la aldea se supo que el enemigo había cruzado la frontera oriental y se dirigía a los Acantilados, a sólo unos kilómetros. El emperador había ordenado a los hombres sanos ir al valle que se abría al norte de los Acantilados y unía las fronteras de los dos imperios. Así que Eidhard, con el corazón

hinchido, pensó que por fin había llegado su oportunidad: sería un soldado, un guerrero, un héroe.

La convocatoria llegó con el fresco amanecer de un lunes. La proclama fue leída en la plaza del pueblo y el emisario fue claro: —¡Todo hombre que pueda luchar debe ir al valle en tres días!

El pecho de Eidhard casi estalla por la emoción. El valle sólo quedaba a una jornada a paso rápido, por lo que podría unirse al enorme ejército en tan sólo días. Fue a su casa animado y se calzó la armadura de cuero, los guanteletes, las grebas y las botas. Abanicó la espada larga una y otra vez, mientras imaginaba a sus enemigos sucumbiendo por sus estocadas. Y reía, reía como una hiena senil, lleno de sevicia y arrogancia. Imaginaba a sus oponentes lerdos, patizambos y débiles; ¿y por qué no los imaginaría así?, si así eran los aldeanos que había conocido toda su vida. El joven pocas veces había visto los soldados de su imperio, por lo que suponía debían ser como él: valientes, altos y fuertes. Pero no imaginaba así a sus enemigos, pues eran el enemigo y con el enemigo no se tiene empatía.

Esa noche se fue de juerga con algunos amigos y algunos guardias. Se emborrachó hasta la demencia y estuvo con varias mujeres, asumiendo que ya era un héroe reconocido, y festejaba como si ya hubiera ganado la batalla, como si tuviera un botín de guerra en sus bolsillos y en su corazón.

Llegó la mañana y treinta y dos hombres salieron de la pequeña aldea hacia el valle. No iban a caballo. Sólo llevaban tres mulas con algunos víveres. Durante la jornada, Eidhard hablaba fuerte y con bríos, por lo que rápidamente los hombres lo vieron como un líder y empezaron a pedirle consejos. Ninguno de esos campesinos había ido a la guerra, y sólo uno de ellos había matado a otro hombre en una riña. El resto sólo había matado gallinas y vacas. Esos hombres analfabetos no sabían más que labrar la tierra y ordeñar; por lo que vieron en el joven alguien de quien aprender y en quien confiar, incluso alguien en quien resguardarse. Esto animó al gigante, que hablaba con propiedad (aunque pocas veces supiera en verdad de lo que hablaba). Eidhard tampoco había matado nunca a nadie, pero eso no debían saberlo sus compañeros.

La noche llegó y con ella el cansancio y el hambre. La oscuridad era densa y los ramajes alrededor limitaban la visión. Durante medio día habían estado marchando por la densa arbolada que se extendía por las crestas de los Acantilados por kilómetros. Muchos de los que habían ido al valle sabían que estaban cerca, por lo que decidieron descansar, hacer unas fogatas y cantar algunas canciones para avivar los ánimos. Hasta el momento los hombres no eran conscientes del peligro de una batalla, y el miedo aún no asomaba en los cráneos y en los espíritus. Bebieron algunas cervezas para anestesiarse y se fueron a dormir.

Antes del amanecer, la compañía inició de nuevo la marcha. Durante el camino comieron carne seca y galletas, y al mediodía vieron finalmente el linde y, a lo largo, el verde valle de flores amarillas. ¡Lo habían logrado! Todos esperaban ver cientos de carpas con banderas de colores vivos, y mucho movimiento y ruido; pero no había nada de eso. Así que, confiados, decidieron salir al fértil linde.

Pero ninguno de ellos sabía qué era el cargo de batidor o del arte del explorador. Ninguno era cauto en la guerra, pues habían vivido en la aldea toda su vida. Así que todos los treinta y dos salieron de la arbolada al mismo tiempo. Al hacerlo, vieron con alegría un grupo de quince hombres alrededor de una pequeña fogata humeante (quizás menos). Entonces, bonachones, se acercaron, pensando que eran soldados de otra aldea cercana.

—¡Hola, amigos míos! —dijo Eidhard levantando las manos, amable pero impetuoso. Su orgullo le permitía hablar con propiedad incluso a desconocidos.

Pero al acercarse diose cuenta de que aquellos hombres parecían ser diferentes. Eran de estatura un poco más baja, pero corpulentos, y los rasgos parecían más finos. Los extraños palidieron al ver a Eidhard y sus compañeros. Entonces se miraron entre ellos y parecieron saludar... pero en otro idioma.

Todos quedaron paralizados, pues se supo que no eran compañeros de armas... ¡Eran el enemigo! Al principio todos dudaron, en ambos bandos. Parecieron pensar en una tregua. Pero Eidhard, llevado por su arrogancia, lanzó una mirada rápida y supuso que superaban en número al enemigo. Además, parecían ser más débiles que él. Por lo que el joven gigante fue el primero en tomar su espada para blandirla. ¡Él sería quien iniciaría la batalla!

Pero no fue así. Apenas sacó la espada de su funda sintió un golpe abrupto al costado derecho de su cabeza. Un golpe súbito y crujiente que lo hizo perder el equilibrio y la visión. Todo se fundió en las tinieblas. Eidhard cayó hincado sobre su rodilla, con los ojos abiertos, pero con todo su alrededor ennegrecido y sin bordes. No escuchaba bien, pues de repente todo fue difuso, cuales voces fantasmales en medio de un ritual pagano. ¿Qué había pasado? Él creía ser el mejor guerrero. ¿Quién lo había golpeado?

Duró sólo unos segundos para que volviera en sí. Su visión revivió y vio el verde pasto. Entonces intentó levantarse, pero casi de inmediato sintió un golpe en su mano derecha, como quien se machuca con una puerta. No sintió mucho dolor, pues la adrenalina le corría por todo el cuerpo, pero sí quitó su mano derecha por acto reflejo. Se levantó y vio a un guerrero frente a él que blandía una espada. Así que, por simple instinto, subió sus manos para evitar el golpe, y allí se percató de que su mano derecha le colgaba del brazo, roja y casi desprendida. Sólo la sostenía un poco de piel y algunos tendones. Aunque no sentía mucho dolor, la impresión lo hizo gritar.

Logró esquivar el segundo golpe del enemigo con tan sólo una cortada leve en el antebrazo, pero sólo hasta entonces tuvo la lucidez para pensar en la situación: habían pasado pocos instantes y ya había sufrido un golpe en la cabeza y había perdido su mano derecha. Su batalla había terminado en menos de cinco minutos. Ya no podía luchar, pues era diestro, y no tenía arma alguna: había soltado la espada al sentir el corte en la mano.

Así que, presa del terror y del pánico, salió corriendo hacia la arbolada. Olvidó a sus compañeros, su orgullo, sus ansias de poder, sus fantasías... todo. Se convirtió en un niño malcriado e indefenso. Su alta talla ya de nada servía. Sus ínfulas de matón habían sido enterradas en el campo de batalla, dejando tras de sí una lápida de sangre, dedos y vergüenza. Estos enemigos no eran simples aldeanos de los que se podía aprovechar; estos eran guerreros, soldados que sabían mutilar, degollar y matar. El hombre que lo había atacado no

era un simple campesino: se movía rápido, era fuerte y valiente, tenía un yelmo enterizo de acero, armadura y una capa roja que ondeaba con el ahora fétido viento. Ese enemigo sí era un soldado que quizás había asesinado a muchos en batalla.

Todo esto pensaba Eidhard mientras corría cuesta arriba. El camino era accidentado, pero la adrenalina y el miedo lo llenaban de cierta inhumana energía. Escuchaba a lo lejos gritos, insultos en ambos idiomas, súplicas y el chocar de los metales; pero cada vez eran más distantes y difusos. Siguió corriendo por unos minutos más hasta que el cuerpo finalmente dejó de responderle. Las piernas le temblaron y por fin cayó al suelo terroso. El pecho empezó a dolerle, la cabeza empezó a retumbarle y la garganta se le tornó arenosa. Y en sólo segundos empezó a vomitar, pero no vomitaba sólo bilis, sino también sangre. Ahí supo que tenía una hemorragia nasal, causada quizás por el golpe en la cabeza. Él no lo sabía, pero cuando sacó su espada un soldado que lo había estado siguiendo desde el linde lo golpeó con un martillo, y casi de inmediato el otro soldado lo mutiló.

Eidhard entonces empezó a sentir que los segundos se extendían. El dolor, punzante e insoportable, empezó a invadirlo, desparramando la desesperación por cada nervio. La mano ya se le había desprendido y salía sangre a borbotones por el brazo. Todo su cuerpo estaba rojo y pegajoso. Intentó hacerse un torniquete, pero no pudo apretarlo bien porque ya no tenía fuerza en su brazo izquierdo. El frío empezó a despertar el dolor del brazo, cual simio provocando un león, hasta que éste se volvió un suplicio. Y no era sólo el brazo: la cabeza le dolía como si la cincelaran a carne viva. Sudaba por la agonía, mientras la cabeza le palpitaba y le ardía. La sangre no dejaba de salir por su nariz, y el vómito volvió dos veces más. Intentó respirar profundo para calmar el malestar, pero no era posible... nada ahora era posible.

¿Dónde había quedado el sueño de gloria? Él, el alto y bello Eidhard, a quien envidiaban los hombres y amaban las mujeres, yacía manco y sucio en una arbolada, con una hinchazón enorme y negra en la cabeza, casi desfigurante, un ojo enrojecido y el rostro pálido por la pérdida de sangre. ¿Cómo era posible que su destino, su gran destino, fuera a durar menos de cinco minutos en una batalla y ahora fuera morir solo y deshonorado como una rata que escapa herida y muere entre las paredes?! ¿Qué clase de final era ese para un hombre tan grande como él?!

La batalla entre ambos ejércitos se llevó a cabo dos días después. Ambos recibieron tantas bajas que ninguno pudo avanzar, por lo que la aldea se salvó. De los treinta y dos que salieron a la batalla volvieron trece; todos huyeron durante la primera carga del enemigo. Pero hubo cuatro de ellos que lograron herir o matar a algún enemigo. Llegaron cansados, pero orgullosos, pues habían hecho mucho más que el cobarde de Eidhard. Nadie se molestó en buscarlo más que su padre y su madre. De hecho, la verdad nadie sabía si para ese momento estaba vivo o muerto. Todos contaron la historia del tonto arrogante que duró sólo minutos frente al enemigo. El joven que se mofaba de todos y alardeaba de su fuerza fue abatido como una niña indefensa. El rumor se esparció por el pueblo, y todos los hombres y mujeres que sufrieron a manos del gigante se alegraron.

Al mismo tiempo, unos niños que jugaban en el bosque se toparon con un bulto lleno de hojas entre los árboles. Al acercarse y espantar las moscas vieron el cuerpo de Eidhard, azulado y

rígido. Los perros ya habían devorado sus piernas, y en el rostro se veía el sufrimiento por haber estado casi un día entero agonizando, solo, en medio de los árboles, frustrado y dándose cuenta de que quien lo mató fue el orgullo y no el enemigo. Así fue la historia de Eidhard, el guerrero arrogante que nunca luchó.

X

Después del épico y desgarrador relato de «Eidhard», le pedí al Octavo Espíritu que se acercara. Tenía la forma de una altiva mujer de espléndidas virtudes, con cuernos sobre la frente y de andar imponente. Parecía una deidad antigua, y causaba un dulce embeleso, tal y como las *Apsaras* descritas en las *Eddas Magnas* lo hacen. Pero sus ojos no eran verdes como indicaban los antiguos textos; eran rojos y de un furor tan intenso que juraría que brillaban en medio de la oscuridad. Tenía un rostro pálido como el de los muertos, cabellos largos y blancos, y cuernos negros que eran rectos y más cortos que los míos.

La engañosa deidad se acercó y me miró sin temor ni remordimiento, como un infante que se encuentra con la muerte. Y me dio su cuento, escrito (como un curioso detalle) en una tablilla de arcilla.

—Una tablilla que contiene un relato de una tablilla maldita; una verdadera curiosidad —le dije mientras examinaba el relato plasmado en la arcilla.

Y ella, con la cabeza levantada y voz calmada, respondió con honesta vanidad: —No se podía esperar menos de mí.

LA TABLILLA MALDITA

La historia premia a Sir Henry Rawlinson por la traducción del idioma acadio, un idioma cuneiforme que logró descifrar a partir del persa antiguo. Sin duda, la tarea de Rawlinson fue maravillosa, además de titánica, pues permitió conocer la historia acadia y saber más sobre el primer imperio del mundo. Sin embargo, antes de la traducción de Rawlinson hubo una arqueóloga llamada Jean Marie Green, que también se lanzó a la dura empresa de traducir una tablilla cuneiforme de los acadios, obtenida en la excavación de la biblioteca de Nínive, la antigua capital asiria. Lastimosamente, esta obsesión llevó a Green a una profunda locura, seguida por una gran depresión y posteriormente de su suicidio, el día 4 de marzo de 1864, tres años después de culminada la enigmática traducción.

Jean Marie Green nació en el sur de Londres el 13 de noviembre de 1823. Sus padres, George y Lucy, tenían una buena posición social. Esto le permitió dedicarse desde los veinte años a la arqueología. Aunque no está bien documentado cómo, en 1854 logró acceder a una de las misteriosas tablillas de Asurbanipal, descubiertas por A. H. Layard en la expedición financiada por el Museo Británico. Es a partir de este momento en que la ficción y la realidad se empiezan a solapar como capas nebulosas, y donde el trabajo y el esfuerzo luchan contra la desesperación y el terror.

Animada por la gran adquisición arcillosa, Green no perdió tiempo y se puso manos a la obra. Al igual que Henry Rawlinson, Green sabía leer el persa antiguo, que también un lenguaje cuneiforme. Esto le permitió tener un sólido punto de partida. Sin embargo, su método de ensayo y error empezó a desgastarla y frustrarla a medida que pasaban los días. Los significados de los símbolos no encajaban el uno con el otro. La tablilla acadia tenía muchos más símbolos que el persa antiguo, y esto dificultó la tarea.

Green, sumergida por completo en un deseo de triunfo y curiosidad, empezó a obsesionarse con la tablilla, como si de repente una terrible monomanía la invadiera, impulsándola a resolver el enigma. Se levantaba, desayunaba y bajaba a su estudio para iniciar la traducción. Subía a mediodía para almorzar y volvía a bajar para continuar con su tarea, y casi siempre omitía la cena. Se acostaba a dormir a altas horas de la noche, siempre pensando en descifrar la pequeña tablilla de arcilla. Su mente sólo podía centrarse en esos símbolos pequeños y misteriosos.

Entonces su hermoso físico empezó a cambiar drásticamente. Después de algunos meses de iniciados sus estudios, empezó a caminar encorvada, sus mejillas se hundieron y sus labios palidecieron, perdiendo su bello color rosa. Su rostro poco a poco empezó a marchitarse. Y al año pareció sufrir reuma. Sus dedos empezaron a desfigurarse, como si una súbita artritis la hubiera afectado. A los dos años de la llegada de la tablilla, Jean Marie perdió tres dientes y bajó de peso de manera notoria, hasta pesar sólo cuarenta kilos.

Sus padres, preocupados, llamaron al médico familiar para revisar su estado; pero el médico no pudo dar un diagnóstico claro. Jean Marie no tenía dolor alguno, y su aspecto decrepito parecía ser sólo externo, sin dolencias internas. Sus órganos funcionaban sin problema, por lo que el médico simplemente concluyó que era agotamiento.

En el pueblo se empezó a rumorar sobre una maldición producida por la tablilla. George, preocupado por la salud de su hija, intentó destruir el objeto en tres ocasiones, pero Jean se lo impidió siempre. Incluso, antes de irse a dormir, ella guardaba la tablilla de arcilla en una caja fuerte para evitar que alguien siquiera la mirara.

La obsesión de la arqueóloga obligó a sus padres a mantenerla aislada y a responder por ella económicamente. La carrera de Jean Marie se vino abajo a causa de los rumores de locura y enfermedad, y la repentina fobia que desarrolló al agua hizo que dejara de bañarse, por lo que su soledad se hizo inevitable. Sólo sus padres aguantaban el hedor causado por el desaseo, y su decadencia física espantaba a quien la veía.

Pero ella, sin prestar mucha atención al entorno, lograba grandes avances. Después del cuarto año ya había descifrado varios símbolos, además de descubrir los números allí escritos. La tablilla sólo tenía un párrafo, por lo que un sólo símbolo era un logro enorme.

—«Ya casi» —pensaba a medida que lograba traducir un nuevo símbolo. Pero a medida que iba traduciendo palabra por palabra, su estado mental iba empeorando, quizás por el horror que poco a poco iba encontrando en la oscura traducción.

El 28 de agosto de 1861 era un miércoles medianamente normal. Los padres de Green ya dormían, cuando a eso de las once de la noche se escuchó un grito aterrador y agudo desde el sótano que pareció romper los tímpanos de la pareja de ancianos. Jean Marie finalmente había logrado traducir toda la tablilla, pero lo que había encontrado en ella la había aterrorizado. Cuando sus padres se levantaron, temerosos, la vieron subir corriendo del sótano, pálida e hiperventilando. En sus ojos oscuros se veía el pánico y el asombro. Mientras subía corriendo las escaleras, Jean empujó a Lucy y salió corriendo de la casa, gritando y moviendo las manos de manera brusca; como si escapara de unos fantasmas espeluznantes e invisibles. Todos sus vecinos la escucharon, y quienes la vieron aseguraron que parecía una bruja de pelo grasoso y sucio digna de ser quemada en la hoguera. George salió tras ella hasta finalmente alcanzarla después de varias calles de trote.

—¿Qué sucede, Jean? Dime, ¿te duele algo? ¡¿Qué sucede?! —preguntaba George Green a su hija, al tiempo que la abrazaba con fuerza para que ella no escapara.

Pero ella, con la mirada perdida y la respiración estertorosa, sólo gritaba: —¡Es Lamashtu! ¡Es Lamashtu!

Después de varios días de encierro, el médico sólo pudo concluir que Jean Marie estaba loca. Él no creía en maldiciones ni supersticiones, pues era hombre de ciencia; pero sí aseguraba que la manía de la arqueóloga por la tablilla tenía mucho que ver con su estado mental, por lo que recomendó destruirla... y así se hizo. La destrucción de la tablilla la hizo George, aunque a la sensible y débil arqueóloga nada se le dijo. El médico aconsejó un lugar de reposo, pero la pareja Green se negó vehementemente, por lo que Jean permaneció en casa.

Así transcurrieron tres grises y tristes años. Jean Marie empeoraba con cada día que pasaba. Desvariaba y hablaba sola, rogando vida eterna y temiendo a la muerte y al infierno de una forma insana. Había días que parecía un poco lúcida; otros días permanecía en silencio, mirando la pared fijamente, meditabunda. Otros días tenía crisis nerviosas, como si un temor psicótico la invadiera, y gritaba con miedo y desesperación varias veces el nombre

«Lamashtu». La falta de sueño le causaba jaquecas, poco comía y temblaba mucho. Movía las rodillas con ansiedad cada vez que se sentaba, y nunca miraba a los ojos de sus padres cuando le hablaban. Finalmente pasó lo inevitable: Jean Marie se ahorcó en horas de la noche el 4 de marzo, tres años después de haber descifrado la tablilla.

Tiempo después del fallecimiento de la arqueóloga, un antiguo colega llamado Louis Jones fue a visitar a los Green para darle sus condolencias y, además, pedir permiso para revisar los estudios de la traducción cuneiforme de Jean Marie. Él estaba bien enterado del trabajo de la mujer, pues durante los primeros años ella le enviaba cartas con sus avances. Al principio parecía muy animada, pero a medida que traducía más símbolos parecía más sombría y nerviosa (o eso notaba él en las cartas). En la última carta que recibió de Jean, ella, preocupada, decía lo siguiente:

«Londres, martes 11 de junio de 1861

Querido Louis,

No soy una mujer creyente de mitos y leyendas, pues mi trabajo es descubrir la historia que inspira esos mitos y leyendas; pero no puedo negar que me siento asustada. Ayer logré entender otros cinco símbolos, y uno de ellos dice claramente Lamashtu. Ese es el nombre de una bruja o un demonio de la antigua Mesopotamia. Me falta poco para traducir la tablilla por completo, pero temo por mi vida. Te pido que no me juzgues por ser supersticiosa. Si sucede algo inesperado, por favor ve a mi estudio y busca en el tercer cajón de la gaveta negra. Allí dejaré la traducción completa y entenderás mi temor.

Con aprecio.

Jean Marie Green».

Louis era un hombre de palabra, por lo que fue a buscar la traducción. Con el permiso de los Green, bajó al oscuro estudio de Jean y abrió el cajón. Allí encontró varios papeles, algunos con garabatos, símbolos y una que otra letra en desorden; pero hubo dos papeles que dejaron a Louis al borde del tormento. El primero indicaba que la tablilla, según sabía Jean, provenía de Aššur, en la antigua Babilonia, pero estaba escrito en idioma acadio. Al parecer, los asirios la habían obtenido en algún saqueo y la habían llevado a la biblioteca de Nínive. ¿Cómo Green supo esto? Louis no pudo descubrirlo, pero especuló que quien le había dado la tablilla le había ayudado con esa investigación. En el segundo papel estaba la traducción de la tablilla, la misma que había causado el desquicio y el horror en Jean Marie. Inicialmente parecía ser una parte de una otrora epopeya, pero parece que el ver su nombre en la tablilla fue el detonante de su trastorno. La traducción de esa tablilla maldita era la siguiente:

«Te he visto leerme. Te he visto por siete años, nueve meses y dos días. Te he visto luchar por descifrarme. Ahora me has leído, pero yo también te he leído, y lo sé todo. Todo. Yo, Lamashtu, acá te espero, Jean».

XI

Dejé la espeluznante tablilla a un lado, satisfecho, y llamé al Noveno Espíritu. Era una hiena, sí, una hiena. Pero era una bestia horrenda, con ojos saltones y lechosos, una risa enloquecida y un hocico rebosante de baba. Pero aquel horrible animal hablaba, y su tono de voz era burlón.

Sin embargo, su forma no era lo más llamativo; pues donde pisaba dejaba una estela de vidrios rotos. Y otros tantos de estructura transparente se clavaban en su lomo sangrante, recordando de algún modo la dolorosa tauromaquia. Una metáfora que evoca una inquietante reflexión: no debemos esparcir miseria en nuestro camino, pues cabe la posibilidad de vernos obligados a volver sobre nuestros desnudos pasos.

La hiena, después de decir algunas incoherencias, empezó a realizar arcadas, hasta finalmente regurgitar un hueso enorme y podrido. Tomé el hueso, aguantando con disimulo el aliento rancio, y vi que en él había un tallado grabado... ese era el relato del peludo esperpento.

UN MAL RECUERDO

En Troneras todos recordaban el entierro de Juvenal, pero la duda radicaba en si esa era la primera o segunda vez que lo enterraban. Esta confusión se presentó por un extremo y horrible ejemplo del Efecto Mandela. Para quien no esté familiarizado con el término, el Efecto Mandela corresponde a un efecto psicológico mediante el cual un enorme grupo de personas comparten un recuerdo falso, un evento que nunca ocurrió o se tergiversó. Este efecto toma su nombre por el célebre Nelson Mandela. Muchos recordaban la muerte de Mandela en prisión, pero él murió en 2013 y no en cautiverio. Es, en otras palabras, una confabulación colectiva.

Esta historia cobra vida por el retorno del viejo Juvenal a Troneras, un pequeño pueblo del altiplano. Su aparición causó gran conmoción, pues en el pueblo muchos decían que Juvenal había muerto años atrás, atropellado. Recordaban haber visto su cuerpo en una zanja cerca de las fincas aledañas. Algunos otros afirmaban haber visto la noticia en periódicos locales. Incluso, una antigua amante de Juvenal aseguraba haber ido a su tumba y llorarlo allí. No había persona en Troneras que no recordara la muerte del viejo borracho.

Pero la versión de Juvenal era muy diferente. Después de la partida de sus dos hijos hacia los viveros del interior, y con la pérdida de su esposa a causa de la enfermedad, Juvenal Díaz entró en una gran depresión. Su vida humilde de arriero se limitó a la soledad, a comer por comer y a dormir por dormir. En menos de dos años había pasado de tener una familia amorosa y unida a tener un espacio solo y enorme, gobernado por el silencio y la indiferencia. Pasó de la calidez y el bullicio de las reuniones familiares a un vacío casi tan profundo como el frío universo.

Entonces, intentando llevar a cabo un nuevo inicio, decidió ir al pueblo de Sural a trabajar a una finca cafetera (o eso afirmaba él), pero dijo que el capataz lo había expulsado de la finca por un altercado referente a una gallina. Así que había vuelto a su natal Troneras a atiborrarse de alcohol para pasar los tristes días. Era, sin duda, una explicación plausible.

A este extraño caso se le debe sumar la volatilidad de los recuerdos, pues la memoria humana no es fiable. A menudo, muy a menudo, la mente llena vacíos con información semejante para calmar su necesidad de cerrar una historia (por lo mismo, los finales abiertos en los libros causan tanta incertidumbre y, a la vez, permanencia). Los supuestos testigos empezaron a contradecirse: unos aseguraban que un *Jeep* había atropellado a Juvenal, pero otros afirmaban que había sido una moto, y otros, en menor cantidad, recordaban un camión.

Y también eran difusos los recuerdos del sepelio, pues unos decían que había sido un sábado, pero otros decían que habían asistido en su día libre, por lo que debió llevarse a cabo un domingo. Todo esto irritó los exasperados nervios de los pobladores, quienes no se sentían cómodos admitiendo errores.

Se buscaron las noticias en los periódicos que informaban sobre la muerte del anciano, pero no se encontró ninguna; y se llevó a cabo una búsqueda de la lápida, palmo a palmo, sin éxito.

Tampoco había registro de su muerte en la notaría. La llegada de Juvenal despertó en todos confusión y asombro.

Todas estas pruebas deberían haber sido suficientes para que el pueblo siguiera con su rutina. Pero la verdad no siempre llega a oídos prestos y a las mentes abiertas. Al sumarse a la incomodidad cierto fanatismo y algo de superstición, puede formarse una mezcla venenosa que busca, a toda costa, deformar la verdad si no se acomoda a los deseos de la masa.

Aunque los primeros días se tomó como válida la explicación del estafalario Juvenal, en Troneras (al igual que en cualquier pueblo pequeño) se acumulaban los rumores. Algunos empezaron a decir entre susurros que toda aquella situación no era más que una obra demoniaca, y que Juvenal sí había muerto años atrás. Decían que quien estaba en el pueblo no era Juvenal sino un demonio que había tomado su forma. Esos rumores empezaron a multiplicarse y deformarse hasta convertirse en la famosa doctrina nazi de Joseph Goebbels: «Una mentira mil veces dicha se convierte en una gran verdad».

Otro ingrediente que atizó la tragedia fue la innoble actitud de Juvenal. El septuagenario vivía casi en la indigencia, olvidando el hambre y el dolor por medio de los espíritus del alcohol. Embriagado durante casi todos los días, el viejo discutía a menudo con los pobladores. Algunos podrían afirmar que es el «karma». Sin embargo, el karma para este caso no debe ser tomado como una justicia divina, sino como un cierre de puertas. El mundo es de probabilidades, y quien abre puertas tiene menos probabilidad de encontrarse con una puerta cerrada en su retorno. Por el contrario, quien hace daño a muchos incrementa la posibilidad de que alguien, en pos de una venganza, le devuelva el golpe.

Un aspecto desaseado, un olor a orina, una actitud peleonera y un rumor religioso fueron suficientes para desencadenar los sucesos de aquel Día de la Madre. Juvenal se encontraba, como era costumbre, sentado en las escaleras exteriores de la iglesia. Ya había gritado a dos mujeres sólo momentos antes de injuriar a Ludovico, un campesino que había estado trabajando toda la mañana y que, para su disfrute, había bebido algunas cervezas.

El cruce de insultos empezó a subir de tono. Ludovico, borracho, se lanzó al anciano con puños, eufórico. Y después de algunos golpes de ida y vuelta, Ludovico lanzó las frases que desbocaron el inquieto deseo de los habitantes de Troneras.

—¡Debería irse al infierno, demonio! Ya todos sabemos que usted es un demonio, y que el verdadero Juvenal se murió en la zanja años atrás. ¡Usted no es Juvenal!

Al grito se unió otro hombre, también borracho, que dijo: —¡Demonio, largo de aquí!

El segundo hombre unió fuerzas con Ludovico, y empezó a golpear a Juvenal. El pobre anciano ahora era superado en número y en fuerza.

Y a los dos hombres se unió una mujer, que incitaba a la golpiza. —¡Maten a ese demonio! —gritaba frenética y de manera repetida.

Entonces llegaron dos hombres más, esta vez sobrios, y se unieron a la gresca. Y llegó una mujer con una escoba para dañar a Juvenal, que ahora rogaba que no lo golpearan más. Para ese momento, el viejo ya estaba desorientado, sudando y cubriéndose la cabeza con sus frágiles y rotas manos. La frente le sangraba y las costillas le dolían.

Y se unieron más manos de un primitivismo salvaje, adoctrinadas y espoleadas por la incomodidad causada por ver allí a un hombre a quien daban por muerto hacía años. Los gritos se unieron hasta formar ruidos indescifrables, las campanas sonaron con un repicar espantoso y metálico, el calor se fundió con la sangre, y los golpes cada vez eran más severos, pues quien los propinaba era consciente de que las consecuencias no se materializarían; pues si todos cometen el mismo pecado deja de ser pecado. Y apareció un cuchillo entre aquellas indolentes manos, además de varios machetes. Hasta que todo se redujo a un enjambre zumbante de emociones terribles.

En sólo unos caóticos y mortales minutos, lo que había iniciado como un cruce de insultos ahora era una verdadera desdicha. El cuerpo linchado permanecía tendido y desfigurado sobre las rojas escaleras, a la vista de personas que ahora sentían un poco más de paz en sus mentes. Los miedos azarosos habían desaparecido, mientras el hombre al cual tildaban como «demonio» yacía desgonzado bajo el día caluroso.

Las autoridades no capturaron a nadie por el asesinato. El sacerdote del pueblo dio un sermón sobre la tolerancia y el castigo divino que cae al homicida; pero en secreto se sentía satisfecho (pues también pensaba que Juvenal había vuelto de entre los muertos). Y al entierro del viejo nadie asistió.

Pero las consecuencias se vieron con las nuevas generaciones. Troneras se volvió un nombre censurado y terrible, pues los medios de comunicación mostraron la noticia del linchamiento como un acto de intolerancia perpetrado por unos devotos locos. Los hijos de quienes mataron a Juvenal negaron sus orígenes, y emigraron a las grandes ciudades, abandonando y olvidando a sus innombrables familiares. En menos de cincuenta años, Troneras se vació y se convirtió en un pueblo fantasma, borrado de los mapas y sólo recordado por el infortunio de Juvenal; un hombre cuyo único pecado fue haber buscado un nuevo comienzo y volver a su hogar... un acto obvio si no se tienen más opciones.

XII

Dejé el hueso tallado a un lado, aún impresionado por el relato insano de la hiena, y llamé al siguiente escritor. El Décimo Espíritu se presentó ante mí con una figura particular y difícil de olvidar: era un hombre con una mano gigante en vez de cabeza. Tenía una locomoción rara, cual poseso, pues esos dedos enormes se movían lentos, como si palpando el aire reconociera su entorno. Algunos pedazos de su cuerpo estaban desprovistos de piel, carcomidos por quién sabe qué enfermedad. Así que el hueso estaba expuesto en ciertas partes: falanges, radios, fémures y costillas. Esta extravagante visión incrementaba la inmundicia desprendida de su desagradable aspecto.

El espíritu se comunicó conmigo por medio de adormiladas señas, y me dio su cuento, escrito en un papel blanco y con una letra cuadriculada.

Debo confesar que no pude descifrar nada de aquel extraño espíritu ni de su forma peculiar. La grotesca mano en vez de cabeza no significaba nada para mí, por lo que sencillamente le pedí que se sentara. Apenas volvió a su puesto cerca del fuego, me dispuse a leer su cuento en voz alta para que los otros magnos espíritus lo escucharan.

EL BARCO NEGRERO

Este escrito describe la travesía del «A Menina», una de las historias más horribles relacionadas con un barco negrero. Inicia en Dakar, Senegal, en marzo de 1767, época dorada del tráfico de esclavos. Dakar era uno de los mayores comercios de trata de personas, vendiendo a cada tripulación entre 100 y 250 esclavos por contrato. Estos desdichados eran capturados por crueles esclavistas en varios países, incluso tan lejanos como el Congo y Sudán. Uno de estos esclavos capturados fue Aka, guerrero nómada del centro de África. Aka y su tribu habían sido vencidos por una tribu extranjera, y por lo mismo ahora iba encadenado y a pie, bajo el terrible sol, hacia Dakar. Ya su madre, su padre y dos de sus hermanos habían perecido durante esta caminata de muerte; sólo su hermana Abeba y su hermano menor Taleh, seguían con vida.

Después de varios meses de caminar encadenados y comer sólo arroz y pan, los esclavos llegaron al puerto y fueron vendidos por un hombre llamado Essoh a una tripulación relativamente novata, proveniente de Portugal y al mando de José Almeida Cruz, un inexperimentado capitán de un barco negrero. Almeida Cruz había logrado un contrato con un terrateniente de Brasil para la compra y venta de ciento treinta esclavos, pero el capitán había incluso logrado conseguir ciento cuarenta y dos, doce más de lo acordado. Había contratado a algunos marineros jóvenes y ansiosos de aprender el oficio. Ahora veía su sueño hecho realidad, pues montaba al barco filas de hombres negros, casi todos sanos y evidentemente fuertes, y mujeres robustas y resistentes. Para Almeida Cruz, estas personas eran símbolo de riqueza, aunque fueran tratados como ganado.

El 16 de marzo el A Menina zarpó de Dakar cargado con alimentos y esclavos. Aka había estado encadenado por meses, pero ahora las cadenas le parecían más férreas, y la situación había empeorado. Lo habían separado de su hermana, y su hermano estaba en la misma cubierta, pero invisible para él entre tantas personas. Aka sintió entonces el horrible calor de la cubierta del barco apenas lo encadenaron, acostado bocarriba y a menos de un metro de otros dos hombres. Era un bochorno que casi ahogaba, poniéndolo a sudar más que el sol de mediodía. Los marineros los encadenaron a todos, uno al lado del otro, y cerraron el compartimiento enrejado. Aka sólo veía la reja que casi le rosaba la nariz, mientras sentía el calor y el olor a sudor de sus compañeros cercanos.

—Dicen que los blancos comen gente. Probablemente nos coman apenas salgamos del barco —dijo uno de los compañeros de Aka.

Aka entonces temió por su vida, pero muy en el fondo quería morir. Estaba encadenado después de que las praderas subsaharianas eran su límite, y ahora compartía con desconocidos cuando antes sólo conocía a las personas de su tribu. Sin embargo, se sintió a gusto al escuchar su idioma, pues casi todos los esclavos hablaban idiomas diferentes por provenir de diferentes países.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Aka.

Y el hombre acostado a su lado, evidentemente contento por tener con quien hablar, respondió: —Soy Bakary, Bakary Okeke, y soy escriba.

Ambos hombres hablaron y se dieron cuenta que eran de tribus diferentes, incluso pudieron ser enemigos; pero allí formaron una gran amistad, pues tenían un enemigo en común: los hombres blancos.

Así transcurrieron tres horribles días. Los esclavos, al estar encadenados, hacían acostados sus necesidades, untando a sus compañeros más cercanos. El hedor se levantó como un vapor espeso y húmedo, y empezó a impregnar toda la asfixiante cubierta, lo que hacía que los marineros evitaran bajar con frecuencia para revisar a los esclavos. Durante esos tres días siete personas murieron a causa de enfermedades o por el calor. Uno de esos siete muertos fue un hombre que permanecía al lado de Taleh, el hermano de Aka. Taleh había sentido el olor a putrefacción un día antes. Llamó al hombre, e incluso intentó sacudirlo con las cadenas que los ataban; entonces se dio cuenta de que estaba desgonzado y con los ojos blancos. Taleh gritó a la tripulación por varias horas, pero sólo después de treinta horas la tripulación bajó y removió el cadáver, ya pálido y rígido. Los siete cuerpos fueron lanzados al mar.

Ya al cuarto día pasaron cerca de Cabo Verde. Allí hicieron una parada y aprovecharon para lavar la cubierta con agua de mar. Sacaron a todos los esclavos y los bañaron, siempre encadenados. Además, los obligaron a comer pan y frijoles. A los esclavos que se negaban a comer los obligaban a tragar con horribles artefactos que les abrían la boca casi hasta fracturarles las mandíbulas. Aquellos negreros eran terriblemente crueles; pero sabían que un esclavo muerto era menos ganancia.

Salieron de Cabo Verde el 22 de marzo, cargados con varios cereales y botellas de ron, además de algunas ratas que se colaron en la carga. Estas ratas se convirtieron en verdad un problema, pues por la noche algunas roían los dedos de los pies de los esclavos. Esos animales mutilaron a dos negros antes que la tripulación lograra cazarlas.

Así pasaron dos semanas más, aumentando el suplicio de Aka y sus compañeros. Pero los esclavos ignoraban que ese viaje podía durar incluso ocho semanas (dependiendo del clima). Nueve esclavos más ya habían muerto, casi todos por disentería o malaria; pero Aka seguía con vida, y fue él quien se dio cuenta del error de uno de sus custodios el 3 de junio. Ese día los marineros, novatos y confiados, decidieron tomarse una licencia, y, acompañados de Almeida Cruz, se emborracharon con ron hasta altas horas de la noche. Ese día habían limpiado un poco las rejas de la cubierta, pero un marinero llamado Flavio Da Silva había dejado un candado sin asegurar. Ese candado estaba casi sobre la cabeza de Aka. Aka vio esto y pensó que podía alcanzar el candado con su mano si coordinaba el movimiento con Bakary. El esclavo le contó a su compañero, y este último, viendo un posible escape a su suplicio, aceptó. Bakary tenía como plan escapar y lanzarse al mar y morir, o que los marineros lo mataran. Pero los planes de Aka eran más oscuros.

Entonces ambos subieron las manos atadas con grilletes, y Aka, que tenía la mano más delgada, logró alcanzar con sus largos dedos el candado. Estuvo intentando sacarlo del cerrojo por varias horas, pero era más pesado de lo que pensaba y con sólo sus dedos le era difícil manipularlo. Sabía que esa era una oportunidad de oro, por lo cual no podía esperar hasta el amanecer, donde probablemente volvería a bajar algún tripulante. Pero la empresa fue en vano por mucho tiempo. Aka, cansado y sudoroso, intentaba una y otra vez soltar el candado, hasta que después de un gran esfuerzo logró sacarlo. Lo había logrado.

Aka y Bakary intentaron subir la reja con sus manos y sus piernas, pero era muy pesada. Sin embargo, varios esclavos se dieron cuenta de que la reja sobre ellos estaba suelta, y, aunque

hablaban diferentes idiomas, todos entendieron que era una oportunidad. Así que empezaron a coordinar fuerzas, aprovechando la borrachera y la algarabía de los marineros allá arriba. Hasta que, en un golpe de fuerza bruta, algunos esclavos, los más fuertes, lograron sentarse y poner sus espaldas contra la reja. Después otros más, y después más, hasta que lograron subir la reja lo suficiente para empezar a salir de las prisiones. Ya afuera se dieron cuenta que habían abierto sólo una de las siete celdas de la cubierta; pero no eran pocos, pues eran casi cuarenta esclavos que ahora podían moverse.

Aunque todos estaban encadenados, muchos se dieron cuenta que las cadenas los unían de cinco en cinco. Esto les permitía maniobrar, incluso pelear. Así que esperaron a que algún marinero bajara para emboscarlo. Y así fue. Después de dos días, un marinero llamado Adão Duarte bajó para dar su ronda. Tenía una fuerte resaca por el ron, pero se disipó por completo al abrir la puerta y sentir varias manos enormes y fuertes en sus brazos y en su cuello. Uno de los esclavos le golpeó los testículos y lo hizo hincar de inmediato. Otro tomó su pistola y un tercero lo golpeó en la cabeza con un palo hasta romperle el cráneo. Adão Duarte nunca tuvo oportunidad de defenderse ni de gritar.

Entonces los cuarenta esclavos salieron de la cubierta, vociferando y armados con palos. Los marineros, algunos todavía ebrios, no esperaban el ataque, y fueron tomados por sorpresa. Los hombres negros, aunque atados entre sí, lograron irse palo en mano contra los tripulantes. Muchos ni siquiera tenían sus armas al alcance, lo que demostró su clara y costosa inexperiencia. En tan sólo una hora se llevó a cabo una masacre.

La crueldad de los esclavos hacia sus captores puede ser justificada por años de sufrimiento, y, aun así, los actos en el A Menina son aterradoros. Casi todos los marineros fueron molidos a golpes, reventándoles los ojos y fracturándoles las mandíbulas, hundiéndoles la cara y desnucándolos contra el castillo de popa. Hubo algunos marineros que prefirieron lanzarse al mar, muriendo ahogados o devorados por tiburones. Pero el suplicio de otros fue más extendido. Una de las historias más terribles fue la de un marinero de facciones femeninas, llamado Emilio, que fue violado sistemáticamente por varios esclavos, incluido Bakary. Emilio murió desgarrado dos días después. A Flavio Da Silva, el marinero que no aseguró el candado, lo desollaron vivo, iniciando en sus muslos y terminando en su espalda. Finalmente, a Almeida Cruz lo descuartizaron y colgaron sus partes al bauprés y a la cofa del mástil, mostrando así el éxito del amotinamiento. De los cuarenta esclavos murieron catorce, presas de puñales o balas.

Al día siguiente, ya con los ánimos un poco calmados, los veintiséis esclavos sobrevivientes pensaron con más detalle el paso a seguir. Uno de los tripulantes había entregado bajo tortura las llaves de los grilletes, por lo cual pudieron liberarse y así lanzar por la borda a sus catorce compañeros fallecidos. Todos, por unanimidad, declararon a Aka como el líder del barco. Aka, envalentonado, lo primero que ordenó fue liberar al resto, pues deseaba ver a sus hermanos. Pero su liderazgo empezó con el pie izquierdo, pues se dio cuenta que su hermana Abeba y su hermano Taleh habían perecido días atrás, ambos de disentería. Entonces Aka lloró desconsolado, ya con la adrenalina baja, y pidió ayuda para lanzarlos al mar. Los cuerpos de ambos llevaban varios días bajo cubierta, y estaban podridos. Pero no eran los únicos, pues casi cincuenta esclavos yacían muertos en las celdas. Así que Aka y el resto decidieron deshacerse de los cuerpos.

Pero mientras hacían esto, los esclavos acabados de liberar se lanzaron a los almacenes para atiborrarse de comida. Muchos hablaban idiomas diferentes, por lo que no hacían caso a Aka y a sus hombres. Entonces empezaron a nacer peleas por la comida entre varios grupos. Todos empezaron a fraccionarse, agrupándose por los idiomas. Sólo en cuatro días se agotaron las provisiones, lo que dejaba a los amotinados en una situación precaria.

Aka, cansado y sin saber qué hacer, dejó que cada grupo hiciera lo que quisiera. Él sólo quería volver a casa, pero no había ningún navegante en el barco, por lo que iban ciegos y a la deriva. Intentaban ubicarse con las estrellas, pero no sabían utilizar un astrolabio. De hecho, la gran mayoría de los que estaban allí nunca habían visto el mar antes.

Para el 10 de junio, de los ciento cuarenta y dos esclavos que embarcaron en el A Menina, sólo quedaban cincuenta y cuatro. Casi todos los esclavos habían muerto de hambre, inanición, escorbuto, malaria o disentería; y ninguno de los marineros había sobrevivido a la matanza. Ya no había provisiones y las diferentes lenguas hacían casi imposible un consenso, sin mencionar que estaban perdidos en altamar. Todo esto llevó al terrible último capítulo del viaje del A Menina. Aka y Bakary, llevados por el hambre y la desesperación, lograron convencer a los hombres más rudos de empezar a deshacerse de los más débiles. Así que, entre empujones y golpes, lograron encerrar a casi veinte personas en la cubierta, volviéndolas de nuevo prisioneras. A otras diez las asesinaron, y, desesperados, las devoraron. Este canibalismo les permitió subsistir un mes más. Cada vez que tenían hambre o sed simplemente iban a la cubierta y mataban. Empezaron con los foráneos (los que provenían del sur o del oriente de África), pero después continuaron con sus propios compatriotas. El casco del barco empezó a pintarse de sangre, y los festines semejabán una imagen horrible y subhumana, donde las personas eran impulsadas a los peores actos. Pero el barco seguía a la deriva, y la carne se podría rápidamente bajo la luz del sol y la suciedad del casco. Además, la cantidad de sangre que caía al mar atraía a los tiburones, que perseguían el barco con paciencia. Ya no había esperanza.

El A Menina fue encontrado tres siglos después en una expedición privada. La cantidad de huesos bajo cubierta y los escritos simbólicos de Bakary Okeke dieron luz a la historia. Bakary dejó de escribir aproximadamente el 14 de julio de 1767 (aunque los escritos no tienen fecha, por lo que se cruzaron con las bitácoras del capitán Almeida Cruz). Bakary escribió que Aka, su líder, fue uno de los últimos en morir, y que, llevado por la deshidratación y el hambre, se lanzó a los tiburones que seguían de cerca el barco. Bakary también indicó que sólo cuatro hombres, incluido él, quedaban con vida antes de dejar de escribir. Era como si la muerte se hubiera ensañado con el barco. Y, como si fuera la cereza del pastel de la tragedia, la expedición encontró el barco hundido a tan sólo 250 millas náuticas de Cabo Verde. Por lo que la tripulación estaba a tan sólo 10 o 12 días de llegar a la costa. «Tan cerca y tan lejos».

XIII

Si el Décimo Espíritu me causó cierta repulsión, el Decimoprimer Espíritu cabe en un simple adjetivo: horripilante. Era, literalmente, una masa amorfa de lo que parecía ser carne putrefacta. Parecía tener muchas patas al moverse, pero al dejar el piso las patas desaparecían en el amasijo carnosos. Y algunos rostros asomaban momentáneamente, con expresiones de agonía, pero en segundos eran absorbidos por la masa que parecía componer el cuerpo de la abominación.

Del bulto apareció una mano rechoncha con un papel. Allí se encontraba un escrito llamado «Infinito».

—La considero una gran historia, la mejor que he escrito —dijo una boca llena de dientes deformes que se formó en la mitad del amarillento cebo.

—Y será un placer para mí leerla —respondí de manera educada, disimulando mi asco.

El espíritu sonrió con esa boca horrible y retornó a su puesto, al lado de la hiena llena de vidrios. Bajo la luz de la pira, esa cosa causaba gran escozor a quien la viera.

Miré de nuevo el papel y me dispuse a leer el cuento titulado «Infinito».

INFINITO

Me senté de nuevo en la silla a escribir sobre la mesa de cedro, y mi escrito empezaba así:

La chimenea ardía mientras me hundía en las hojas del libro de pasta negra. Recuerdo el gozo al leer ese horrible libro de terror llamado «Abominación», que me llenaba de temor y a la vez de alegría. Mi amor por el terror se fundía entre esas páginas, mientras el fuego calentaba el cuarto y me llenaba de sosiego. Entonces cerré el libro y miré hacia la ventana. Llovía copiosamente, y el sonido de las gotas contra la ventana me aletargaba, casi con un vaivén hipnótico que me recordaba que estaba solo. Sin embargo, la decisión de exiliarme me mantenía tranquilo.

Llevaba ya varios meses desde que había comprado la pequeña casa en el bosque, lejos del pesado trajín de la ciudad. La casita era pequeña, de techo de tejas y ventanillas redondas, como las de los cuentos de hadas. Estaba rodeada de árboles con flores amarillas, y varias mariposas azules revoloteaban en las tardes doradas. Pero esa noche llovía, recuerdo que llovía, y el viento mecía con fuerza las copas arbóreas, produciendo un rugido fiero y a la vez maravilloso. Todo formaba la música de los arquitectos: la lluvia, el viento, los ramajes, el crepitar de la madera en la chimenea.

Dejé el libro sobre la mesilla de cedro y bajé al primer piso. Crucé la pequeña sala y abrí la puerta, indiferente al viento húmedo y a la lluvia fría. Algunas gotas me acariciaron el rostro, me refrescaron el cuello y me mojaron el cabello, al tiempo que pensaba en mi soledad. Pero no me sentía solo, pues me había encontrado conmigo mismo. Mi presencia me hacía compañía. Yo mismo llenaba los rincones de la casa. Mis pensamientos me divertían y mis escritos me hablaban. La soledad es maravillosa si se aborda por convicción, pero debo admitir que la soledad impuesta es horrible. La soledad obligada es un castigo, y el claro ejemplo es el «solitario» en las cárceles. El no tener a nadie con quien hablar causa una depresión que borda el gélido suicidio. Pero yo tengo familia, y puedo llamarla y hablar con ellos cuando quiera, y puedo invitarlos a mi casita y estar con ellos a la luz de la chimenea. No estoy solo, sólo decidí estar solo, aunque no me siento solo porque estoy conmigo. Y a veces me veo cocinándome, y me veo lavándome la ropa, y me veo planchándome mis camisas, y me veo disfrutando la comida que me hice, y me veo acostándome en la blanda cama, rodeado de libros, tranquilo y feliz.

Cerré la puerta de la casa y subí de nuevo las escaleras. La chimenea aún seguía encendida. Así que me senté de nuevo en la silla a escribir sobre la mesa de cedro, y mi escrito empezaba así:

La chimenea ardía mientras me hundía en las hojas del libro de pasta negra. Recuerdo el gozo al leer ese horrible libro de terror llamado «Abominación», que me llenaba de temor y a la vez de alegría...

XIV

Me gustó bastante la cita del libro llamado «Abominación», pues lo conozco bien y es de mi agrado. Entonces llamé al Decimosegundo Espíritu, representado como un ave con rostro humano. Su silueta recortaba el cielo nocturno y rebosante de estrellas de plata. Tenía una voz chillona que denotaba ansiedad. Su tamaño era semejante al de un águila arpía, y en sus garras sostenía un costal misterioso que parecía ocultar algún terror desconocido y extraterreno.

—Mi cuento es una proyección de todos los espíritus aquí presentes, por lo que espero que todos se identifiquen con él —dijo aquella ave con rostro de hombre mientras batía sus alas, agitando el aire alrededor y formando un sonido tempestuoso que sacudía el fuego frente a mí.

Me gustó la premisa. Asentí y tomé el pergamino que sacó del costal. Sin embargo, el costal aún tenía algo en su interior, algo que se movía de manera lenta y espeluznante. Estuve tentado a preguntarle qué aborrecible misterio tenía guardado allí, pero desistí y, en cambio, me apresuré a desenrollar el pergamino y leer el decimosegundo cuento.

LOS ESCRITORES

Entré a la biblioteca con mi mejor atuendo, perfumado y con mi libro de cuentos bajo el brazo. Esa biblioteca, destruida siglos atrás, ahora ostentaba en su fachada palabras cinceladas en todos los idiomas. Tenía frutas luminosas, estantes altísimos y el conocimiento del mundo. ¡Qué privilegio estar allí! Sus pasillos repletos de imaginación y a la vez cargados de misterios, sus contrastes límpidos o desfigurados, los espejos infinitos, sus sillas en forma de libros. Toda ella irradiaba un aura de iridiscente solemnidad.

Estaba ansioso de conocer tanto a los lectores como a los escritores, así que cuando llegué al primer piso me detuve en seco, intimidado y a la vez maravillado al ver tales eminencias literarias. Había allí varios escritores que admiraba con pasión, otros menos conocidos, pero que con su elocuencia e inteligencia me atrapaban como la araña a la mosca. Estaba extasiado al ver allí autores que inspiraron muchos de mis cuentos y poemas, a quienes yo consideraba maestros, aunque ellos desconocieran mi existencia.

Me acerqué con paso tímido y crucé palabras con un gran escritor francés que hablaba español con una precisión espléndida. Le dije con ansias cuánto lo admiraba y le mencioné «Una cabellera» y «El Horla»; cuentos que habían definido, de alguna manera, mi estilo literario. El hombre escuchaba con gran atención, halagado y agradecido por mis palabras. Entonces le dije: —Me gustaría que leyeras lo que he escrito.

Pero él, con una sinceridad brutal, me dijo: —Me encantaría leer lo que has escrito, más si he ayudado de alguna manera a inspirarlo; pero no puedo hacerlo.

Atribuí tan certero rechazo a sus ocupaciones. ¿Cómo iba a tener tiempo de leerme siendo tan magnánimo escritor? Pero, para mi desconcierto, recibí el mismo rechazo de otro gran escritor con el que hablé por unos minutos, un hombre de Idaho que me mencionó su enigmático viaje a México. Le confesé que me había encantado «La muerte de Halpin Frayser», «El incidente del Puente del Búho» y «Aceite de Perro». Él me abrazó y me agradeció.

Pero cuando le pedí que leyera mi obra dio una respuesta similar: —Puede ser contradictorio y disonante, pero antes fui lector y escritor; ahora soy sólo escritor, por lo que no podré leer tus cuentos. Sin embargo, no dudo que sean unas obras maravillosas.

Este extraño comportamiento fue el primer campanazo para deducir que algo no encajaba, que algo en la biblioteca no estaba bien. Y mi conversación con un tercer escritor, un joven irreverente de dieciocho años, encendió mi perspicacia. Ya conocía las obras del joven, y hablamos un buen tiempo sobre «Una temporada en el infierno» y «El baile de los ahorcados». Este joven, al cual yo admiraba por su gran pluma, me dijo con cierto brío: —Míralos, ahora escriben, pero no pueden leer... no podemos. ¿En qué nos convertimos entonces? Somos creadores magistrales de portales a mundos oníricos y lejanos, construimos con detalle y amor grandes historias, poemas desgarradores y visiones de la muerte y el horror, ¡y con el tiempo y los años no somos capaces de disfrutar de las historias de los otros ni de nuestras propias obras! ¡Somos, sin dudar, bestias nobles que alcanzaron la inmortalidad con sus obras, pero cascarones de hueso y piel donde nada nace ni renace!

Aunque embelesado por la compañía de aquellas mentes brillantes, algo en mi interior me incomodaba, me alteraba. En medio de esos lujos, esos libros y esos autores, sentía en esa biblioteca los infinitos pasajes de un laberinto sin salida. Y, todo se volvió más enigmático cuando los escritores, entre conversaciones, empezaron a hablar de fechas. Escuché a uno decir que su libro había sido publicado en 1893, y otro dijo que su primera novela la autpublicó en 1873. Incluso, el escritor estadounidense que tanto admiraba me aclaró que su gran obra fue escrita en 1890. Hice un esbozo de risa, pues pensé que era una broma, pero al verle la mirada seria y escuchar la voz grave, me tragué la mofa. No era un error de traducción, pues hablaba perfecto el español. Era simple: al parecer, decía la verdad.

¿De qué estaban hablando? ¿Estaban desvariando o simplemente era una locura colectiva? Son fechas de hace más de un siglo. De ser ciertas esas afirmaciones, esos brillantes hombres no serían más que esqueletos amarillentos con mechones escasos bajo unas tumbas frías, besados por el gusano y la tierra húmeda. No serían más que el recuerdo reducido a una osamenta cubierta por el polvo y aplastada por el tiempo. Pero no era así, en cambio, estaban impecables, racionales y muy astutos, dialogando de todo y de todos con todos en medio de la infinita biblioteca.

Entonces llegó el segundo punto de la agenda: la reunión con los lectores. Fue un momento emotivo: entraron por aquellas enormes puertas grupos enteros de niños con uniforme escolar, parejas enamoradas, jóvenes tímidos y ancianos solemnes. Todos dispuestos a escucharnos, a conocer nuestro arte, a aprender, a redirigir sus mentes a una y mil historias fantásticas que sólo pueden ser exploradas por la tinta y el papel.

¿Y es que acaso no son los libros una herramienta que ayuda a la mente? Estoy seguro de que, si la pesa conviene al músculo, el libro conviene al ingenio. Son los libros, como decía Borges, una extensión de la memoria y la imaginación. Son, sin duda alguna, los portales interdimensionales que llevan a mundos maravillosos, o cadáveres de papel y tinta; depende de si se abren. Y esta precaria deducción me permitió encajar los hilos sueltos que azoraban mi espíritu.

Recuerdo haber escuchado a alguien que murmuró: «Quien no crea está destinado a ver el deterioro». El arte de la escritura da vida a personajes, epopeyas, fábulas, visiones, historias y romances. Cada libro es un universo entero, y el universo causa efectos que nos llegan, pues nosotros mismos somos un universo. Si un libro es escrito y nunca es leído, ese libro muere con el autor. Se puede tener una auténtica joya literaria, pero si aquel manuscrito no sale del cajón se marchitará y esa joya perderá su brillo y su valor.

Todo esto lo digo porque con la entrada de los lectores lo supe. Muchos, ansiosos y fascinados, se acercaron a los grandes escritores que había allí en la biblioteca, cruzando algunas palabras y llenándolos de grandes halagos. Pero muchos otros escritores, de talento salvaje pero menos conocidos, empezaron a desaparecer al ver que muchos de los lectores simplemente los ignoraban. Desconocían sus obras y no tenían intención alguna de conocerlas. Esos escritores, nerviosos y aferrados fuertemente a sus libros, los brindaban con brazos extendidos a varios lectores que ni les miraban los ojos. Fue una imagen dolorosa: los escritores mostrando sus libros y prácticamente rogándoles que los leyeran, y los lectores, cuales reyes altivos, pasándoles por encima como pisando el pasto.

Poco a poco, aquellos abatidos y tristes escritores empezaron a mirar los libros en sus manos, sudando y desorbitando los ojos, moviendo las cabezas como epilépticos. Sus miradas, sus aterradas miradas, me hicieron entender que ellos mismos estaban olvidando sus propias obras, como quien sufre de una enfermedad mental que degenera y pudre el cerebro. ¡Sus obras estaban siendo olvidadas incluso por ellos!

Fue aterrador. Empezaron a gritar, pero nadie los escuchaba. Empezaron a rogar, a rezar, a implorar, pero los lectores volteaban los rostros, como si no existieran. ¡Y es que ya no existían! Poco a poco fueron saliendo de la biblioteca, encontrando la salida de aquel laberíntico edificio sin siquiera buscarla, caminando como muertos vivientes, a paso lento y torpe, bamboleándose como borrachos o enfermos, hasta desaparecer por completo.

Fue allí, y con una última fecha en uno de mis cuentos, que redondeé la idea de la situación en el interior de la virtuosa Alejandría, habitada por grandes escritores. Entendí la falta de sombras reflejadas en el suelo del recinto. La fecha la vi gracias a una joven tímida que caminó directo al estante donde estaba mi libro; y grande fue la sorpresa y la alegría al verla abrir mi obra. Tenía una libreta y anotaba algunas frases, metáforas e ideas que sacaba de mis escritos. Supe por tal acto que era una escritora novata (pues muchos lectores son escritores). Quise acercarme para aconsejarla, y sonreí inconscientemente, pues entendí la negativa de los escritores a leerme.

Igual me acerqué a la joven solitaria, embargado de un gran agradecimiento. Quería abrazarla y decirle cuán feliz me hacía, pero no había palabra alguna en ningún idioma para describir el sentimiento de ver a un desconocido leerme. Mi género siempre fue el terror, por lo que mi mente siempre fue un pozo que engendró demonios; pero tal enfoque no indica que haya tenido una vida miserable y horrenda, incapaz de acariciar la felicidad; en ese momento la acaricié, aunque estuviera encadenada a la memoria de aquella tímida lectora.

Y le dije con fascinación magnética: —Estoy tan feliz de que hayas descubierto mi libro que quiero llorar. Que hayas preferido mi obra por encima de la enorme cantidad de espléndidas historias en este recinto. Ahora entiendo, viendo que este cuento que tú lees fue escrito hace más de cien años (según la fecha), que los escritores revivimos cada vez que alguien nos lee. Y todo esto se lo dije en el prólogo del libro.

Miré a mi alrededor, lleno de dimensiones coloridas, y continué con cierto rubor: —Veo que tienes ideas maravillosas que espero puedas convertir en cuentos impactantes. Me encantaría leerte, ver tu obra acabada y apoyarte de la misma manera que tú lo haces ahora conmigo; pero no podré hacerlo. Sólo puedo darte consejos a través de mis palabras, darte ideas y agitarte un poco la creatividad... nada más. Fui un escritor y un lector, ahora, que ya no estoy, soy sólo un escritor. ¡Éxitos en tu camino a la escritura, mi tímida lectora!

XV

Vi en los trece espíritus un gesto de satisfacción al escuchar «Los Escritores», pues todos ellos eran, en efecto, escritores. Unos artistas maravillosos que habían logrado sacudir mi ser con sus inquietantes historias.

El Decimotercer Espíritu tenía una forma digna de una narración medieval. Supe de su gusto por la Edad Oscura por su perturbador aspecto, uno casi idéntico al mío. Las diferencias eran, ciertamente, insignificantes.

Tenía los ojos amarillos y la cabeza de un macho cabrío, pero, a diferencia de mi pelaje, su pelaje era albino por completo. Sus cuernos eran curvos y largos. Irradiaba un aire calmo y una actitud de sabio, como quien tiene seguridad de su conocimiento (y desconocimiento). En su pezuña derecha se enredaba un rosario, y en la izquierda sostenía un libro. Al principio pensé que era una de esas biblias blasfemas de las que se jactan los indecorosos, pero cuando me dio el libro me di cuenta de que era una obra particular y hermosa.

—Mi señor, ¿qué mejor homenaje que tomar su aspecto, pero no imitarlo por respeto? ¿Y qué mejor regalo que este libro? —me dijo el espíritu mientras se mecía la barba.

Examiné el libro y vi que tenía una portada pictórica, digna de artistas como Goya o Caravaggio. Abrí entonces el libro y vi con grato asombro su título: «Literatura Tenebrosa».

—Me tomé la libertad de escribir todos los cuentos leídos en esta reunión. Todos igual de maravillosos y a la vez aterradores. El mío es el último relato de este libro, y lo escribí antes de esta invocación. También dejé algunos espacios seccionados por números romanos para las anotaciones finales que mi señor desee escribir. Sólo le pido, Gran Señor, que le permita a este libro llegar a la tierra allá abajo, donde los vivos aún sufren El Ciclo, y les permita conocer las historias acá concebidas.

Me pareció una petición válida, así que asentí y le dije: —Esta es en verdad una sorpresa increíble. Y, si todos los presentes están de acuerdo con que este libro, lleno de sus extraños cuentos, sea leído allá abajo por los mortales, estaré más que dispuesto a enviarlo.

Todos los espíritus no sólo estuvieron de acuerdo, sino que estuvieron felices con aquella decisión.

Ojeé el libro y, efectivamente, los trece cuentos estaban allí, escritos con una caligrafía hermosa. La letra cursiva competía con las sagradas escrituras en sánscrito, latín y árabe. A tal punto, que ordené que quien tocara ese libro debiera antes lavarse las manos para no ensuciar las hermosas hojas color crema. Miré el último cuento y me dispuse a leerlo a la luz de la ahora moribunda pira.

LA PRESENCIA EN EL CAMPANARIO

He contado esa historia sólo dos veces en mi vida. La primera vez a las autoridades después del desafortunado evento, la segunda vez a mi madre como medio de desahogo y confesión; esta es la tercera (y última) vez que relataré esta historia, pues recordarla me causa un pensamiento asfixiante, un palpito que pone en jaque mi ahora delicado corazón.

Sucedió hace muchos años, cuando aún vivía en el pueblo, alejado del mundo moderno y de la hostil ciudad. Era adolescente, un joven azotado por el acné y la inseguridad. Mi pequeña estatura no me ayudaba mucho con mi autoestima, y la timidez me alejaba de posibles amistades. Estaba condenado al aislamiento, al silencio y a la soledad.

Fue en esta difícil época cuando me lancé a las artes oscuras. Me fascinaban de manera insana las imágenes perturbadoras, el terror, la muerte y el delirio. Las voluptuosidades de lo gótico aceleraban la estancada sangre de mis venas y los pensamientos mórbidos aceleraban mi delirante espíritu. La cercanía a la muerte causaba en mí éxtasis, y la literatura tenebrosa me sacudía los nervios en un frenesí extraño y a la vez terrible.

Esta alianza entre la soledad, la timidez y el anormal gusto por lo misterioso me llevó a hacerme amigo del anciano guardia de la iglesia. Un viejo borracho y cirroso que sucumbió a la enfermedad sólo meses después del acontecimiento que aquí describiré. Con el anciano nos envenenábamos con licor algunas noches, a la sombra de la descomunal iglesia, y hablábamos de mujeres, chismes de pueblo y eventos sobrenaturales.

Por aquel excéntrico compañero me enteré de varios eventos paranormales; pero el más aterrador correspondía al espíritu de un niño que rondaba el cementerio de la parte posterior de la iglesia. Varias noches busqué ese intrigante fantasma, acompañado por Hela, una pequeña gata de ojos verdes que me seguía constantemente a cambio de algunos pequeños manjares que yo le compartía. Pero lo que hallé la noche en cuestión fue mucho peor que el recuerdo transparente de un niño desfigurado.

Esa noche la luna se mostraba como una uña de gato, plateada y aguda sobre la torre del campanario. La iglesia, un poco alejada de las casas del pueblo, ostentaba su estructura gótica como una mole construida de sombras y horror. Aquella estructura, desproporcionadamente grande para un pueblo tan pequeño, contaba con una torre de cinco niveles en la parte frontal que sostenía el poderoso y a la vez aterrador campanario. Yo había subido a él en dos ocasiones, y ahora deseo no haber subido esa tercera vez.

El viejo ya estaba ebrio y dormía plácido, y yo jugaba con Hela con una pequeña cuerda antes de irme a dormir a mi casa, cuando a eso de las diez de la noche escuché con espeluznante claridad la voz de un hombre que pedía auxilio a gritos. Aquellos gritos eran desgarradores y agitaban la enigmática quietud del camposanto. Al principio ignoré el grito, pensando que era alguna riña lejana; pero la segunda vez que lo escuché me inquieté. La gata, espantada por el grito, escapó rápida de la garita a un resguardo desconocido. Miré entonces a la iglesia, de color crema y tejas de barro, y me enfoqué en la torre del campanario, recortada con rigidez en el cielo nocturno.

Y lo escuché por tercera vez. Era inequívoco: la voz lamentable de un hombre que pedía auxilio allá arriba, cual alma en pena rogando por clemencia. Intenté despertar al viejo guardia, pero el borracho sólo volteó su cuerpo y siguió con sus sonoros ronquidos. Así que, llevado por aquella curiosidad grotesca de la que ya hice alarde, salí de la garita y me acerqué por el camino de grava hacia la iglesia. Sólo el sonido de la grava bajo mis zapatos era escuchado en ese paraje alejado y tranquilo. Caminé lentamente hacia la enorme estructura de arcos ojivales y torre altísima, armado únicamente con mi humilde linterna.

Me acerqué con cautela al atrio. En la entrada principal vi una pala y un pico sucios y recién utilizados. Aquellos utensilios no encajaron con la escena, pero no me detuve a pensar mucho, simplemente continué adelante.

Abrí la cerradura y empujé la chirriante puerta para entrar al vestíbulo de la iglesia. Apenas lo hice, sentí un extraño aliento, un frío penetrante y glacial que estremeció todo mi cuerpo. Me sobé los brazos con las manos para mitigar el frío y me enfoqué en el entorno. Allí, en medio de las tinieblas, moví la linterna e iluminé todos los contornos de los asientos ubicados en dos hileras. Al fondo era visible el modesto presbiterio. A pocos pasos vi las dos sacristías. —¿Qué alguien se apiade de mí! —escuché en una cuarta ocasión, esta vez claro como el agua del manantial. Sentí un hormigueo en la espalda y sentí el pecho agitarse. Pensé en salir corriendo de la iglesia y llamar al viejo para que me acompañara; pero un sentimiento morboso me impulsó, casi sin desearlo, a caminar unos pasos dentro de la iglesia y abrir la puerta de la derecha. Allí iniciaban las escaleras del campanario.

Aunque no subía mucho a aquella torre (pues el esfuerzo era grande), sabía que la prodigiosa escalera tenía 160 escalones en espiral, todos con peldaños anclados al muro exterior y hechos de piedra arenisca. Eran peldaños altos, estrechos y sin barandilla interna. La torre tenía cinco niveles incluyendo la aguja que coronaba la estructura, y fácilmente superaba los 30 metros de altura; por lo que podía demorarme cinco minutos a paso acelerado en subir hasta el piso donde reposaba la tétrica campana.

Pero no subí apresurado, por el contrario, subí cada peldaño con extrema precaución, pues la incertidumbre me asechaba en aquella líquida oscuridad. ¿Qué me esperaba en la cima de la torre? ¿Acaso un alma en pena que clamaba por su expiación?

Mientras estas dudas abordaban mi cráneo, llegué al segundo nivel, desde donde la luna creciente era visible entre las nubes a través de la rosácea, aquella ventana enorme y circular que servía como ojo ciclópeo del edificio que ahora me inmolaba. Contemplé el astro plateado por algunos segundos, pero el nervio me espoleó y avancé al tercer nivel.

Allí sólo había maquinaria: travesaños de madera, ejes de la campana y engranes antiguos. Pero desde allí era perceptible el sonido del jadeo. Alguien se agitaba en el piso superior, al tiempo que la madera crujía por el peso de algo, y ese algo parecía moverse, lento y sigiloso, como quien no quiere ser encontrado. Todo esto causó en mí una proliferación de terrores.

Dudé en seguir el ascenso. La linterna me temblaba en la mano sudorosa y mi respiración cada vez era más errática, pero ya había llegado muy lejos; así que subí los últimos peldaños

y me topé con la puerta que daba al campanario. Cuando me acerqué y la iluminé sentí el lloriqueo de algo al otro lado.

—¿Hay alguien ahí?! —pregunté, pues la anticipación disminuye la incertidumbre y el miedo. Y, para mi desasosiego, respondieron.

—¡Por favor, sálveme! —respondió la voz de un hombre al otro lado de la puerta.

La puerta no tenía cerradura, sólo contaba con un pasador en la parte exterior. Empujé la puerta con cautela e iluminé la estancia. Allí, en el cuarto nivel del campanario, la torre estaba destapada. El viento me golpeó helado y con inclemencia, agitando mi cabello. La sombra de la campana imperaba en el medio, y tres de las cuatro paredes estaban formadas sólo con arcos puntiagudos que sostenían el agudo pináculo. Un pequeño parapeto bajo era la única y escasa protección en esas alturas.

Y, agazapado y rígido en un rincón, se encontraba un hombre barbado, sudoroso y esperando lo peor. Sus ojos desorbitados me miraban con un terror simplemente indescriptible, y jadeaba con un estertor que reflejaba un ataque de pánico.

Él me miró y preguntó con voz apresurada: —¿La vio? ¿Sigue allí?

Yo negué con la cabeza. —¿Quién? —le pregunté mientras intentaba reconocer al temeroso hombre. Era un pueblo pequeño, por lo que todos nos conocíamos.

—A la vieja. La que está en la entrada de la iglesia, allá abajo —me respondió con voz entrecortada.

Meneé de nuevo la cabeza. —No hay nadie abajo —le dije, aunque en ese momento recordé el extraño frío al ingresar a la edificación. ¿Tendría ese hálito algo que ver con lo que decía el extraño?

El hombre, débil y recogido como un enfermo, se levantó del rincón con lentitud y se acercó a mí. —¿Seguro?

—Estoy seguro.

Entonces lo reconocí. Era un hombre religioso, doméstico y de vida tranquila, que había perdido a su madre días atrás a causa de la vejez. No tenía mujer ni hijos, y su anciana madre era lo único que tenía en esta vida. Todo encajó para mí en ese momento: lo vi frágil y atormentado por la pérdida y el luto. Le di mi mano y lo invité a bajar conmigo. El hombre asintió, pero apenas salimos a la descendente escalera miró por el hueco interno de la espiral y lanzó un grito de espanto.

—¡Allá viene! ¡Viene subiendo!

Yo me apresuré a iluminar las escaleras allá abajo, moviendo el rayo de luz de lado a lado, buscando apresurado algún espectro; pero no vi nada.

—¿Dónde? —pregunté.

—¡Allá! —respondió el hombre mientras me quitaba la linterna e iluminaba un sitio en específico. Permaneció un tiempo con la linterna, moviéndola lentamente, como quien de verdad ilumina algo que avanza con constancia. Pero yo nada veía. El haz de luz seguía el camino de la escalera, con una lenta trayectoria de ascenso que poco a poco se acercaba, ya llegando al tercer nivel. El hombre no aguantó más, me dio la linterna y se lanzó de nuevo al interior del campanario, aterrorizado.

Tomé de nuevo la linterna y miré la escalera rincón por rincón. Y, aunque no veía nada, empecé a imaginar horrores a causa de la sugestión. La azarosa forma del campanario empezó

a dominarme, las escaleras empezaron a palpar entre sombras, abombando el negro abismo entre las escaleras de caracol.

Desde allí el fondo de la torre se perdía en las oscuras profundidades. Los sonidos se empezaron a apagar en ecos allá abajo, sonidos que no carecían de intención, ecos que no buscaban el anonimato, crujidos amortiguados enfocados y bien definidos que se acercaban lentamente, peldaño por peldaño. Todos esos ruidos, esas presencias, esos horrores empezaron a hablar en una lengua extraña, particular y tenebrosa. Ahora era obvio para mí que algo se acercaba, algo subía lenta y sigilosamente, aunque no podía verlo con la linterna.

Entonces, preso de retorcidas suposiciones, ingresé al campanario y cerré la puerta sin pasador, al tiempo que imaginaba un espectro envejecido con deformes miembros, un fantasma translúcido que pertenecía a la misma estructura, al mismo campanario. Debo admitir que en ese momento del campanario rezumaba algo denso y grotesco.

Y mientras esa «cosa» ya rondaba el nivel inmediatamente inferior al nuestro tuve cierta lucidez para obtener más información. Me dirigí al hombre, que permanecía agazapado y en constante alerta entre ese oscuro entorno.

—¿Dónde la vio? ¿Quién es?

—La vi en el portón de la iglesia las dos veces que bajé, asechándome, después de desenterrar la tumba.

—¿La tumba? ¿Cuál tumba?

—La amaba. Extraño la comida caliente y hecha con amor. Extraño sus abrazos y sus consejos. La extraño tanto —dijo ensimismado, casi en un susurro.

—¿A su madre? ¿Era la tumba de su madre?

El hombre, embriagado por el miedo, no respondió.

—¿Desenterró a su madre?! —insistí.

Pero el hombre sólo meneaba la cabeza, mudo de pánico.

—¡Dígame si el espectro es su madre!

En ese preciso instante la puerta se abrió de un golpe, causando un estruendo aterrador. El hombre, presa del terror, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones y se lanzó hacia el vacío por entre los arcos expuestos del campanario. Yo sólo pude ver la puerta abriéndose con ímpetu, y después volteeé hacia el hombre, del cual sólo vi la parte superior mientras se lanzaba hacia su muerte, y finalmente yo mismo grité para calmar aquel pavor que ya me había rebosado.

La visión que más me asedia, incluso ahora en la vejez, es el ver al hombre allá abajo, tendido sobre el suelo, mientras mugía y se encogía en posición fetal. Vi, estupefacto, cómo la vida lo abandonó, convirtiéndose en poco tiempo en una cruz más en ese cementerio que nos rodeaba, brumoso y con la luna creciente como testigo.

Y esa terrible imagen me permite realizar cierta reflexión: la mente es cruel, mucho más cruel que la realidad. La anticipación de las tragedias, la aplastante ansiedad y el pensar en exceso

son espectros horripilantes que dañan más que los espectros en sí. A menudo, la inquieta mente desfigura y pervierte una realidad que no ha sucedido, y magnifica problemas que, en ocasiones, nunca se materializan. Esto lo sabía muy bien Confucio, Epicteto y Séneca. Y, después de los sucesos de aquella noche en el campanario, puedo decir con propiedad que «quien piensa mucho sufre dos veces».

La tendencia que tenemos a anticiparnos a los problemas causa un estado de alerta que en ocasiones nos supera. Esas escaleras daban una vía de escape, no un refugio. Y esa vía de escape de repente fue «bloqueada» en la mente del suicida. El campanario se tornó una región desconocida en su cabeza, la atmósfera de suciedad y podredumbre que percibió lo impulsó al salto, y sólo el vacío le dio un escape al horror. Esa anticipación causó en él la descomposición de su espíritu, obligándolo a actuar de forma errática. ¿Pero a qué se enfrentaba? ¿Qué vio él al abrirse la puerta? ¿Y qué vi yo al abrirse la puerta? ¿En verdad era un espectro de una anciana que quería venganza?

Tuve que dar muchas explicaciones después del evento; pero el salto del hombre, impulsado por una ansiedad enorme, fue una acción vana. Sí debo admitir que sentí terror esa noche, un terror pegajoso, contagiado por aquel desvariado hombre. El ambiente, los gritos, el jadeo y los sonidos extraterrenos cambiaron los contornos de aquella torre a monstruosas dimensiones, y la falta de luz ahondó todos los miedos aquella noche.

Pero la presencia de aquel terror llegó primero a la imaginación que a los ojos; pues quien abrió la puerta no fue un alma en pena que deseaba esparcir el caos por todo el campanario; quien abrió la puerta aquella fría noche fue Hela, la gata, buscando algún pasaboca que yo le pudiera regalar, y mirando altiva e imperturbable la sombra de aquel que se lanzaba hacia el vacío.

XVI

Cerré el libro con gran agrado. ¡Qué maravillosa reunión! ¡Qué hermoso y a la vez tenebroso aquellarre! Las estrellas aún brillaban allá arriba, lejanas y perladas. Las montañas amenazantes lanzaban sus vientos helados con la intención de apagar la pira y acabar la invocación, y las flores se habían marchitado alrededor de los espíritus, prestas a renacer al día siguiente.

Entonces el Primer Espíritu, aquella mujer de cabeza de yegua desprovista de tejido, preguntó: —¿Y quién ganó, mi señor? ¿Cuál fue el mejor relato?

—¿Ganar? —pregunté.

—Sí, yo quiero saber quién ganó —se apresuró a decir el Cuarto Espíritu, la criatura marina e irreverente.

Y todo el resto de los espíritus pareció realizar la misma pregunta, aunque ninguno escuchaba al otro. Todos los reclamos y dudas se concentraron en mí.

Entonces volví a preguntar: —¿Ganar? ¿Es que acaso alguien perdió? Para que se dicte un ganador debe haber perdedores, y aquí no hay ninguno. Esta hermosa reunión no es un concurso, no es una competencia, no hay un premio que conquistar, no es un juzgamiento. Pero si he de responderles para saciar su curiosidad, entonces diré que quien ganó fui yo.

Todos callaron, atónitos por mi respuesta.

—Yo gané porque reviví en mi cráneo estas historias increíbles. Me sorprendí con cada relato y me emocioné con cada final. Y también ganaron ustedes, porque desde hoy quedaron inmortalizados en mi memoria, y nacerán de nuevo cada vez que alguien allá abajo los lea, y nunca morirán si alguien abre el libro que tengo en mi pezuña. ¿Ganador? Ganamos todos, porque ampliaron sus ideas a mis sentidos, rompieron mi tedio y ahorcaron mi aburrimiento. Todos aplaudieron entonces, satisfechos por mis elocuentes palabras.

Sólo instantes después la pira finalmente se apagó, dejando a la vista una pila de madera carbonizada fundida con los huesos y la carne negra. Ambas calaveras oscuras aún eran visibles en medio del humo y la madera, y parecían lanzar un grito postrero de horror y tormento. Los acólitos empezaron entonces a cantar las letanías de despedida, mientras uno a uno los espíritus desaparecían, desvaneciéndose como un sueño efímero y distante. Todos se despidieron agradecidos, unos con gestos y sonrisas, otros con ademanes cordiales; hasta liberar por completo mis tierras de esa infestación de terrores.

Cuando el último espíritu se desvaneció (el del hombre desfigurado y tímido) miré el libro ahora en mi poder, y con el alma inflamada esperé ansioso por una nueva reunión.



FIN

